

L

conaa.—  
 5.º Anto—  
 —9.º Fe—  
 Pérez Zú—  
 pasiona—  
 ervo: Un—  
 rez Quin—  
 3. A. La—  
 castillo.  
 mel Ugar—  
 Guerra:  
 atarineu:  
 onio Pa—  
 que son—  
 : El des—  
 de San—  
 ato.—50.  
 —54. Ma—  
 na: «La—  
 El solar—  
 Nómada.  
 n bonito—  
 a de 'os—  
 Octavio—  
 turo Re—  
 —78. Ra—  
 ombine:  
 34. Clau—  
 a cuarta—  
 sombra—  
 Dicenta:  
 cha.—95.  
 cois: El—  
 onzález—  
 03. Con—  
 del Cari—  
 no.—110.  
 . Bena—  
 de Haro:  
 uis Cal—  
 tulla de—  
 o G. Ma—  
 27. Emi—  
 vida.—  
 Caves:  
 layo: El—  
 El sui—  
 141. Be—  
 oderra—  
 Felipe—  
 la que—  
 z Cuen—  
 a de la—  
 sanova:  
 de vie—  
 Almela:  
 'Helám—  
 Joaquín—  
 71. An—  
 Hoyos y—  
 Madrid.  
 nda de—  
 sco Ro—  
 mna era—  
 laire:  
 embote—  
 ador.—  
 erdes y—  
 98. Joa—  
 gel: Ju—  
 ecipicio.  
 a.—206  
 r cons—  
 Miviera.  
 Sonore  
 . López  
 —220.  
 oel: El—  
 enz: El—  
 lio Ca—  
 i. Blan—  
 s.—232.  
 ndras.  
 olítica.  
 20. D

# El Cuento Semanal



Rabos de lagartijas

POR

F. SERRANO DE LA PEDROSA

Ayuntamiento de Madrid

ILUSTRACIONES DE ROBEDANO

30 céntimos



# El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.—18 de Agosto de 1911. — NUM. 242

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.  
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre,  
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

## Fotografía, BOLA, 12, planta baja

Esta nueva casa, sucursal de la de YO, cuenta con grandes salones para toda clase de trabajos, y especialmente para BODAS, cumpliendo cuanto ofrece, que es: 6 americanas y una ampliación de 30 por 40, grupo de dos personas, por 17 pesetas.

Presentando este anuncio da 7 por 6  
Un kilométrico, hasta 3 personas, 3 pesetas  
Abierto hasta las DOCE de la noche.

## PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN VELASCO Y C.

MADRID, Calle de Alcalá, 7, MADRID

IMPRENTA  
ARTÍSTICA  
ESPAÑOLA



SAN ROQUE, 7 MADRID

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

## Cómo caen las niñas cursis

Ayuntamiento de Madrid

POR ANTONIO ROLDAN

## REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, CINCO el frasco

## Antinervioso HOWARD

Fónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Recházese toda caja que no sea de esta y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martin Velasco y Comp.

LEASE BIEN EL PROSPECTO





# RABOS DE LAGARTIJAS

## Cómitre

La casa de Don Prudencio Cómitre y Correa, aunque no está en Varsovia, sino en la calle de las Góngoras, es el reino del orden en todas sus manifestaciones.

El limpia-barros de la puerta disfruta del alivio que le proporciona una hoja de hierro enclavada perpendicularmente en el suelo y destinada á *mondar* las botas de lo más gordo que el Ayuntamiento deja por esas calles; los muebles del recibimiento brillan de puro limpios; el cinc de la bastonera está tan reluciente como el espejo; la sala, con su sillería dorada, de damasco verde, su centro de mármol con tarjetero de plata y sus cuadros grandes con marco dorado, muy estrecho y de tonos oscuros y sombríos, cuadros antiguos; sin duda, tiene algo de convento.

En el sitio de preferencia hay dos cuadros, modernos á juzgar por la amplitud del marco; ambos están cubiertos por sendas gasas, y se puede apostar á que representan un caballero y una señora contemporáneos de Espronceda y progenitores del dueño de la casa.

El silencio, la media luz y, más que otra cosa, la cara avinagrada, lista, vigilante, de Máxima, vieja cincuentona, cuyo aspecto es todo un bando de policía, dan idea de la pulcritud y de la disciplina allí imperantes.

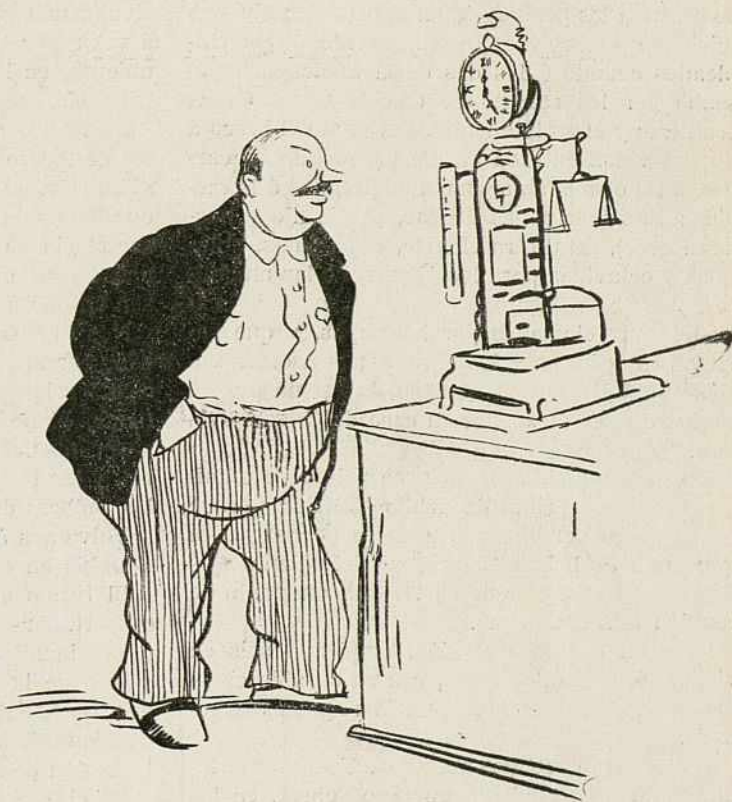
Ni un papel en el suelo ni un ruido que no sea causado por el amo.

Y el amo es un duende.

\*  
\*\*

Don Prudencio Cómitre tiene dos años menos que su ama de gobierno; es soltero recalcitrante,

se conserva bastante bien y, dejando á otros la satisfacción de representar la *libertad* dentro de la vida doméstica, él representa el *orden* llevado hasta la última exageración.



Porque es muy fácil ordenar una vida sencilla y son muchos los que pasan por sujetos de vida ordenada sin gran mérito.

Cuando la renta es suficiente y el individuo no tiene gustos decididos, ni aficiones cultivadas, ni muchas amistades, ni compromisos, ni caprichos, en una palabra, cuando se tiene la bolsa llena y la voluntad vacía, no hay gran mérito en ser ordenado; la vida se reduce á dar vueltas todos los días á la misma noria, y para esto no es preciso hacer nudos en el pañuelo.

Pero cuando el espíritu tiene muchas cuerdas y vibra la una al choque de la poesía, y la otra al choque de la música, y ésta á impulsos del de-



seo amoroso, y aquélla se estremece bajo la influencia de la amistad, y la de más allá se agita con violencia ante el espectáculo de las vanidades, y, por consecuencia de esto, se hacen versos, se frecuenta el teatro, se bailan rigodones, se come tres días á la semana fuera de casa y se persigue la concesión de la *popular y acreditada* cruz de Isabel la Católica (que con los *caballeros* que hoy tiene podría, si resucitara, conquistar á Marruecos), es difícil, difícilísimo, sujetar vida tan varia y accidentada á un programa fijo. Por vasto que sea, no cabe duda de que el individuo en cuestión ha nacido con la circunvolución cerebral correspondiente al orden muy desarrollada.

Todas las cuerdas mencionadas tenía el espíritu de Don Prudencio, y todas vibraban, ordenadamente, por supuesto, á tal hora la ambición, que le hacía doblegarse á las ridiculeces de la política y prodigar cortesías y frases amables á jefes de negociado y directores generales cuando cruzaba los pasillos de un ministerio; sin perjuicio de despreciar profundamente á los empleados cuando á las dos de la madrugada paseaba por los salones de Celeste Costero (que eran tres y el recibimiento), llevando del brazo á alguna viuda entrada en años y metida en carnes, á tal otro el amor (nada de prendas á la medida; Bazar de ropas hechas, precio fijo y buenos forros), á tal otra el Arte, redondillas, quintillas y octavillas para los álbums de las amiguitas, todo muy discreto y respetuoso; composiciones muy elogiadas por los papás, y que parecían muy sosas á los jóvenes; y á otras varias horas el ascenso, el baño, la vecina nueva, el sastre y los rigodones en casa de Celeste Costero.

Esta era una señora un poco prima de Cómitre y un poco prima de medio Madrid; porque no hay idea del inmenso número de amistades que tenía la buena señora, ni del talento que desplegaba en hacer de su tertulia un punto de reunión agradabilísimo.

Para un día de recepción, empleaba seis en visitas, ó, como decía ella, con su amable cinismo de vieja casamentera, en la requisa del ganado.

Y el ganado era hermosísimo. Todas esas familias un poco nobles y un poco pobres, en las cuales hay muchachas guapas, guapísimas, muy bien educadas, y que no pueden brillar en las grandes fiestas aristocráticas, eran objeto de los mayores mimos por parte de la señora de Costero, que, escogiendo como entre peras, lograba siempre reunir en su casa un manojo de hermosuras.

Aquellas niñas que por su belleza, su educación y su escasez de rentas, eran verdaderas princesas encantadas, encontraban en casa de Celeste una corte de admiradores, agradable para ellas y tentadora para los padres. Respecto de los hombres, Celeste se mostraba tan exigente en cuanto á porvenir, como respecto de las mu-

chachas en punto á belleza; secretarios particulares muy tontos, pero en camino de *salir* diputados como quien *sale* por peteneras; pasantes de abogado que tenían verdadero mérito, ganaderos que escupían onzas de oro, músicos y pintores con más fama que dinero, el poeta de la casa, el prestidigitador de la casa y el pianista de la casa.

Había, además, especialidades: el *amigo antiguo*, el *noticiero*, el *cuentero* y Prudencio Cómitre.

La especialidad de Cómitre consistía en no haber nacido para ochayo, es decir, en llegar á *cuarto* con frecuencia. ¿Faltaba la cuarta pareja para un cuadro de rigodón? Pues allí estaba Prudencio dispuesto á bailar con cualquiera. ¿Alguna fea se quedaba sin bailar? Prudencio era su pareja. ¿Se trataba de organizar un pasatiempo? Nadie para ello como Prudencio.

Y todo esto por llevar el orden á todas partes, rivalizando con la dueña de la casa en cuanto á velar por el decoro y la animación de las reuniones, en las cuales había llegado á ser indispensable.

En resumen, la tertulia de Celeste era un centro de recreo honestísimo, de donde salían para *diputadas*, *magistradas* y *ministras* muchachas que lo merecían. Al que llegaba á ministro ó subsecretario se le exigía que fuese siquiera una noche y así rara vez faltaban personas que diesen entono á la reunión.

Nos hemos ocupado con alguna extensión de ella, por ser la mitad de la vida para Cómitre, cuyas relaciones eran todas por el estilo, existiendo bien poca diferencia entre los lunes de su prima Celeste, los tresillos de su tío el general, y las funciones del *Teatro-López*, en casa de los señores de López Carrizo.

Volvamos á casa de Cómitre.

Había en ella un tirano y un ejército.

El tirano era un barómetro-termómetro-reloj-despertador-pisapapeles-pesacartas cuidadosamente instalado sobre la mesa del despacho. Era regalo de la generala, y sus diferentes máquinas funcionaban con tal regularidad, que Prudencio no lo hubiera cedido ni aun por la cruz de la Legión de Honor, que era su sueño dorado.

De él recibía diariamente la orden del servicio de indumentaria; y según lo que el tirano dictaba, así salía Cómitre á la calle con hongo ó con sombrero de copa; con bastón, con quitasol ó con paraguas; con zapatos ó con botas; con guantes de cabritilla ó de piel de perro ó de hilo ó mitones.

El ejército era el guardarropa.

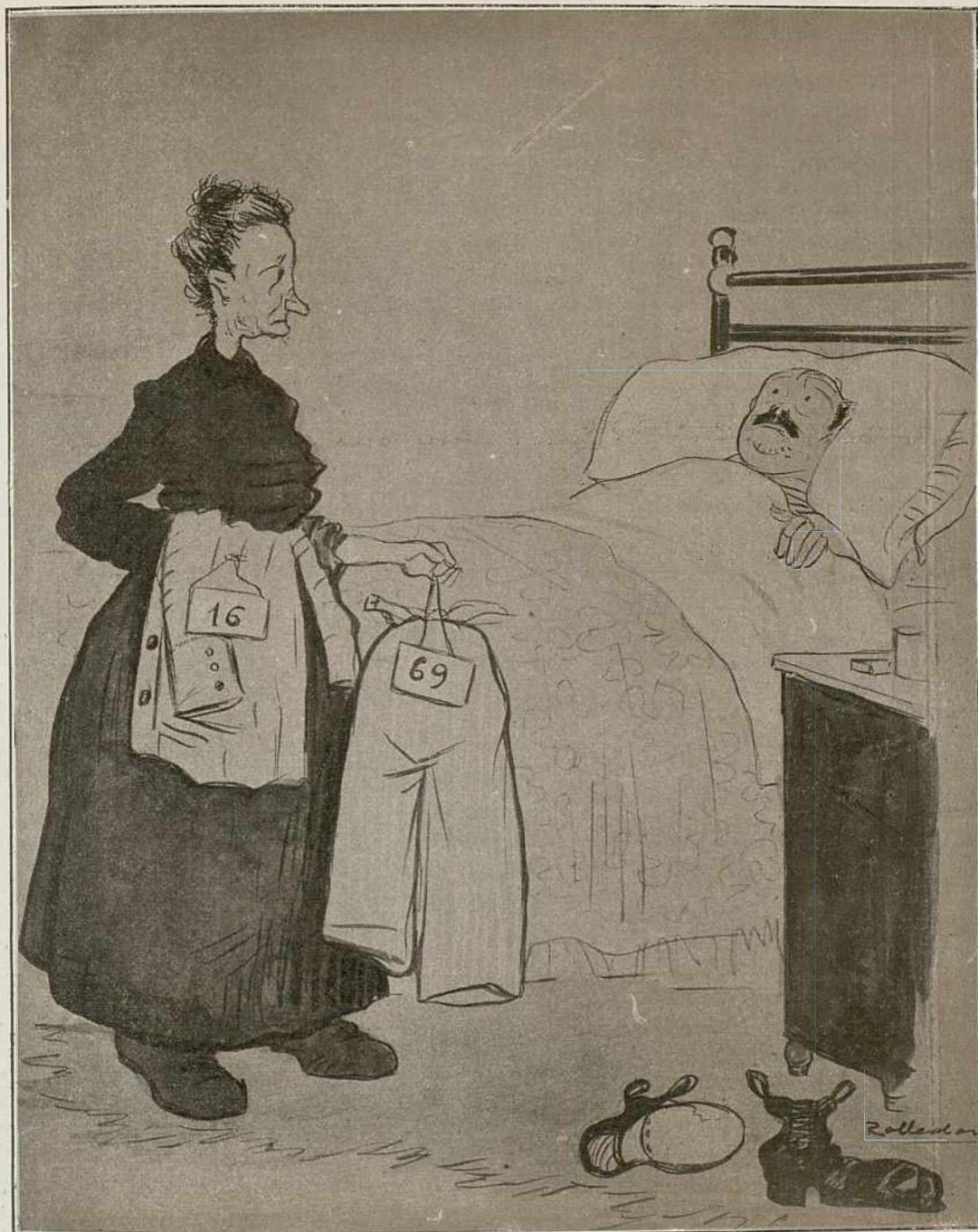
Había en él una variadísima colección de prendas de todas las épocas, aunque no de todos los gustos. Don Prudencio había conservado lo más cómodo y lo más limpio de cada moda, los pantalones anchísimos, los botines, las bufandas, los espolines ó guardabarro, las cazadoras con cuello de tereopelo, los chalecos de verano, de



telas ya olvidadas, tirantes de mil formas, cinturones y cien cosas más; todo perfectamente colgado, separado, clasificado, numerado y rotulado.

Cómitre había sido empleado, nunca muy tra-

mara con exactitud la temperatura en los termómetros de *máxima* y *mínima*, colocados en el balcón por fuera de los cristales; y la primera orden que daba antes de levantarse de la cama, era la siguiente:



bajador, pero siempre modelo de orden en la colocación de los papeles, plumas y lápices. Su suerte le libró de ser *ordenanza*; pero fué «*Ordenador de pagos por obligaciones de este Ministerio*», como dicen los Títulos.

Por último, Máxima le ayudaba en las combinaciones de traje, que exigía el barómetro-termómetro-reloj, etc. La había enseñado á que to-

—Máxima: mire usted la mínima.

Máxima tardó mucho en acostumbrarse á oír esta orden sin ruborizarse.

Como se ve, el espíritu de Cómitre tenía muchas cuerdas, pero todas eran la octava aguda, sobre aguda, grave y profunda de una sola nota, el egoísmo.

Huyendo de ser esclavos de una mujer, estos



egoístas se hacen esclavos de un programa y se casan generalmente con el Almanaque, sin contar con qué también el egoísmo es un asa por donde algunas mujeres saben meter el brazo y llevarse al caballero-cesta.

### Celeste

Eran las ocho y cincuenta y nueve minutos de la mañana, según acababa de ver Máxima en el reloj del comedor.

La sirvienta colocó en una ancha bandeja el pocillo de chocolate (hecho á brazo en la casa y comprados los materiales por Máxima), el vaso de leche con azucarillo, el bollo y la servilleta, y esperó á que transcurriera el resto del último minuto, dirigiendo celosas miradas á la puerta de la alcoba.

De pronto suena el despertador, Máxima coge la bandeja y penetra en la alcoba de su amo.

Tiene Cómitre el despertar de un pájaro.

Apenas abre los ojos se incorpora, y empieza á hojear periódicos, á charlar, á enterarse del aspecto del cielo y de las advertencias del barómetro, y á dar á Máxima las órdenes consiguientes.

En estos diálogos se empeñan alguna vez verdaderos pugilatos de previsión y de arreglo. El amo se empeña en saber por qué razón se pone Máxima por la mañana un delantal listado, en vez de ponerse uno blanco, y la sirvienta acaba demostrándole que sería más higiénico tomar el chocolate después de levantarse de la cama, en vez de tomarlo en ella.

En vista de que su amo no se da á razones, Máxima le entrega una carta del interior.

—¡Hombre, una carta!—dice Cómitre, dando vueltas al sobre, mientras toma el chocolate—; ¿de quién será? Y es letra de mujer. ¿Quién se acordará de mí á estas horas?

Máxima tiene en la punta de la lengua las siguientes palabras:

—Se lo preguntaremos al viejo. Así llaman amo y criada al reloj famoso, tan estimado del uno como odiado por la otra.

Pero el respeto á su amo la hace callar y aun salir de la alcoba, en vista de que continúan las reflexiones en voz alta.

Porque Cómitre es de los que, al recibir una carta, pasan cinco minutos dándole vueltas y mirándola por todos lados para adivinar de quién será, en vez de empezar por romper el sobre y ver la firma.

La verdad es que entre las tonterías disculpables ésta es quizá la primera. Al fin la carta cerrada es uno de los caminos por donde nos sale al paso lo desconocido, y lo desconocido es la esperanza, todas las esperanzas, desde la más verosímil y realizable, hasta esas ilusiones de las cuales nos burlamos en conversación con los amigos y que llevamos, sin embargo, escondi-

das en lo más hondo del espíritu. Antes de romper el sobre, una carta puede decir las cosas más halagüeñas del mundo: «Le nombro á usted mi heredero, su afectísimo Rostchild.» «Esas patillas me hacen cosquillas en el corazón. Matilde.» Y otras perspectivas interiores por el estilo.

Roto el sobre después de consumido el pitillo del chocolate, la carta dice solamente esto:

«Querido Prudencio: Necesito verte en seguida. Se trata de un caso rarísimo, estupendo, increíble. Nadie como tú para esto.

Tu amiga,

CELESTE.»

La lectura de la esquelita aumenta la curiosidad y las perplejidades de Cómitre.

Su primer pensamiento es enviar al diablo á Celeste por el irritante laconismo de su carta.

—Pero señor, estas criaturas no saben vivir. ¿Qué modo de tomar los acontecimientos es este, ni dónde está escrito que tengamos obligación de alborotarnos de este manera, ni mucho menos de alborotar á los demás?

«Necesito verte en seguida.» ¡Qué modo de disponer del tiempo ajeno! Pues yo no necesito ver á usted, señora mía. ¡Ea! ¡Cuidado si es egoísta! ¿No hay más que moverme así de mi casa?

Máxima entró de nuevo en la alcoba.

—¿Llamaba el señorito?

—No, Máxima; es que hablaba solo.

—¿Va usted á salir esta mañana, señorito?

—¡Hum! Como no haga un día muy bueno y muy despejado...

—No, señor; está nublado, hace mucho viento y levanta tanto polvo en las calles, que todo el mundo va limpiándose los ojos; en la calle de Gravina dicen que ha caído una chimenea encima del puesto de buñuelos y lo ha desbaratado; yo he tenido que cerrar balcones y ventanas, porque mejor quisiera una enfermedad que ver la casa sucia; en fin, un día muy feo.

—¿Qué dice el viejo?

—El viejo—dijo Máxima con aire de resignación—señala lluvia; pero del polvo no dice una palabra.

—Bueno; pues prepáreme usted los números 1, 17, 23, 52 y 64; pantalones de cuadros, el chaleco de piqué blanco que me puse ayer, los botines de color de manteca, la americana de alpaca, el sombrero hongo negro y el paraguas.

—¿Va usted á salir?

—¡Qué he de hacer! Dicen que yo soy el único para esto. ¡Y no dicen qué es esto! ¡Claro! Esto es fastidiarse por el prójimo sin necesidad, que es lo que he hecho toda la vida.

Y Cómitre salta del lecho y penetra en el cuarto de vestir inmediato á la alcoba.

Máxima, con el gesto más avinagrado que nunca, vuelve á la cocina murmurando:

—¡Si lo tengo dicho! Este hombre se me desgracia el día menos pensado. ¡Mire usted que salir á la calle con el día que hace... En cuanto



le dicen que él es el único para estas cosas... Ya sabe esa maldita vieja lo que se hace, ¡ya! A todas las viejas nos debían quemar vivas... ¡por pend...!

Suena el timbre oportunamente.

\*  
\*\*

No en todas las novelas han pasado diez años. En ésta no han transcurrido más que cuarenta minutos.

—¿Tampoco el italiano?

—Según parece, esta aversión á los idiomas es de familia. Mi tío llevaba ya dos años en Roma y no había podido aprenderlo. Baste decirte que tenía siempre junto á sí un criado gigantesco con un uniforme lleno de cordones, ostentoso, magnífico... Pues bien; cada vez que mi tío iba á encender un cigarro se volvía hacia *Ercole*. Ya ves que hasta el nombre le cuadraba. Y le decía, muy fresco:

—*Ercole*, un *fùlmine*.



—Descansa, hombre—dice Celeste á Cómitre—; vienes soplando como una foca.

—Sí... la escalera...

—Y la curiosidad.

—¡Perversa!

Celeste suelta la risa.

—Tranquilízate; voy á contártelo todo en dos palabras. Pero antes, dime una cosa, ¿cómo estás de inglés?

—No sé; ni aun de escocés me he vestido nunca.

—Bromitas ¿eh? Te pregunto si hablas el inglés.

—¡Yo! Ni una palabra.

—¿No estuviste una temporada con tu tío el embajador?

—Sí; pero no fué en Londres, sino en Roma.

—¡Anda! ¡Ahora salimos con que es el italiano!

—Tampoco.

—¿Un rayo?

—Sí.

Y *Ercole*, sin inmutarse, le contestaba:

—*E troppo, Eccellenza*. Y le presentaba una cerrilla.

Celeste reía, no como una loca, que rara vez rien las locas, sino como una bota vieja.

—Es delicioso—dijo—; ¿de manera que no sabes nada, nada de inglés?

—Mujer; desde que te lo dije antes, no he tenido tiempo para aprenderlo.

—¿Y de Medicina, sabes algo?

—Sí; que el volar en aeroplano produce muchas veces la fractura de la cabeza, y que si como espárragos...

—Basta, basta. ¿Y de muebles y decorado de habitaciones...

—Pero oye, ¿esto es un examen de ingreso en Leganés?



Celeste se puso seria.

—Nada de eso. Se trata de acompañar á dos enfermos, dos yanquis, y de buscarles una buena casa, un hotelito, si es posible, y amueblarlo y decorarlo sin miedo al gasto y buscar servidumbre y carruajes y...

—¡Celeste!—exclamó Don Prudencio en son de reproche y completamente desilusionado—, yo no estoy para esas cosas.

—¡Vaya si lo estás! No temas que te vayan á dar una propina. Son gentes de sociedad incapaces de ofender á nadie. Pero antes de venir á Madrid han estado en Andalucía... han comprado no sé cuantas fincas...

Celeste gozaba exasperando la curiosidad de Cómitre, el cual abría más los ojos á medida que entendía menos su intervención en el asunto.

—¿Y qué?

—Que disponen de muchos votos... que el Gobierno no puede negarles la cruz de la Legión de Honor para un amigo.

—¡Ah!, ¿sí?

En el cerebro de Cómitre, las palabras de Celeste, dieron luz á toda la batería de la esperanza. El teatro de su imaginación se iluminó por completo y en él vió á un caballero pavoneándose con la codiciada insignia, y detrás de él, haciendo aspavientos de admiración y de entusiasmo, un ama le llaves.

—¿Y dices que están enfermos?

—No se sabe. Es una cosa muy rara. Regúlez quiso explicarme una noche la teoría de la selección, y todo lo que me quedó en la memoria es que, apareando carneros de cuernos cortos, los hijos van saliendo con los cuernos cada vez más cortos, hasta que llegan á nacer sin cuernos. ¿Es así?

—No sólo es verdad en ese caso, sino en el contrario. Tú me has dicho que se va á casar un Berrendez con la hija de Verónica; verás cómo el primer hijo que tengan, le salta un ojo al comadrón.

—No seas maldiciente. Iba á decirte que estos americanos, en vez de ser dos enfermos, podrían ser dos criaturas del porvenir. Figúrate que sus tatarabuelos eran hermanos y corredores á pie. Igualmente notables; tanto, que carrera en que tomaban parte era inmediatamente abandonada por los demás corredores, y había que partir el premio, porque jamás pudo ninguno sacar al otro un milímetro de ventaja. Cada uno de estos hermanos rivales tuvo hijos é hijas, y entre los primos se celebraron matrimonios, cuyos hijos conservaron la rivalidad en una forma ó en otra, y siempre perfeccionando de generación en generación la aptitud para la carrera á pie con velocidades pasmosas. Ya no luchaban en los concursos públicos, pero el público seguía teniendo noticia de aquella selección y se interesaba apasionadamente en la competencia, apostando grandes cantidades por un primo ó por otro. Cuentan cosas que yo no puedo apreciar,

porque no conozco los puntos que cilan, y por lo tanto las distancias, pero que, según parece, son estupendas. Por fin, en estos últimos años ya no quedaba en Nueva York más que un representante de la rama Green, y de sus primos los Withe-Green tampoco quedaba más que una prima. Y como ambos habían heredado la sangre de lagartija, han hecho lo mejor que podían hacer: se han casado.

—Oye—interrumpió Cómitre con cara de espanto—, ¿hay que marchar á su paso?

—Nada de eso. Fué mi primera pregunta; porque, como comprenderás, tampoco estoy yo para bailar un galop de bravura en la Carrera de San Jerónimo. Me han dicho que, aunque su enfermedad ó su manera de ser les obliga á no estar parados un momento, ellos procuran no hacerse molestos. Es como si llevaras un perro, ¿sabes? Van y vienen...

—Pues mira que para seguir una conversación...

—La siguen, sí; me lo han asegurado; ¿no ves que mientras pronuncian una palabra de cuatro sílabas han dado una vuelta á tu alrededor?

—Ya me parece—dijo Cómitre, cerrando los ojos—que estoy un poco mareado...

—Nos acostumbraremos. Hay que pensar que realizamos dos buenas obras. Acompañar á dos extranjeros que necesitan algún amigo en Madrid y cruzar al amigo en cuestión.

—Di crucificar.

—¡Hipócrita!

—¿Y cuándo vienen?

—En cuanto les avisemos. Es decir, en cuanto les hayamos preparado casa, servidumbre...

—Sí, sí. Precisamente, Manolo Wamba tiene desalquilado un hotel en la calle de Velázquez. Es caro, ¿eh?

—No te importe. Y tómallo por el tiempo que quieran. Si se marchan antes que acabe el contrato, lo viviré yo.

—Tú siempre sacando astilla.

—¡Hombre! Vas tú á sacar la cruz entera...

## Máxima

Podríamos titular este capítulo «Cómo se hincha un hígado».

Y el hígado sería el de Máxima, el ama de llaves de Cómitre.

Tenía que levantarse una hora antes, porque Don Prudencio madrugaba para inspeccionar las obras, y, en un periquete, se desayunaba, se vestía y se echaba á la calle.

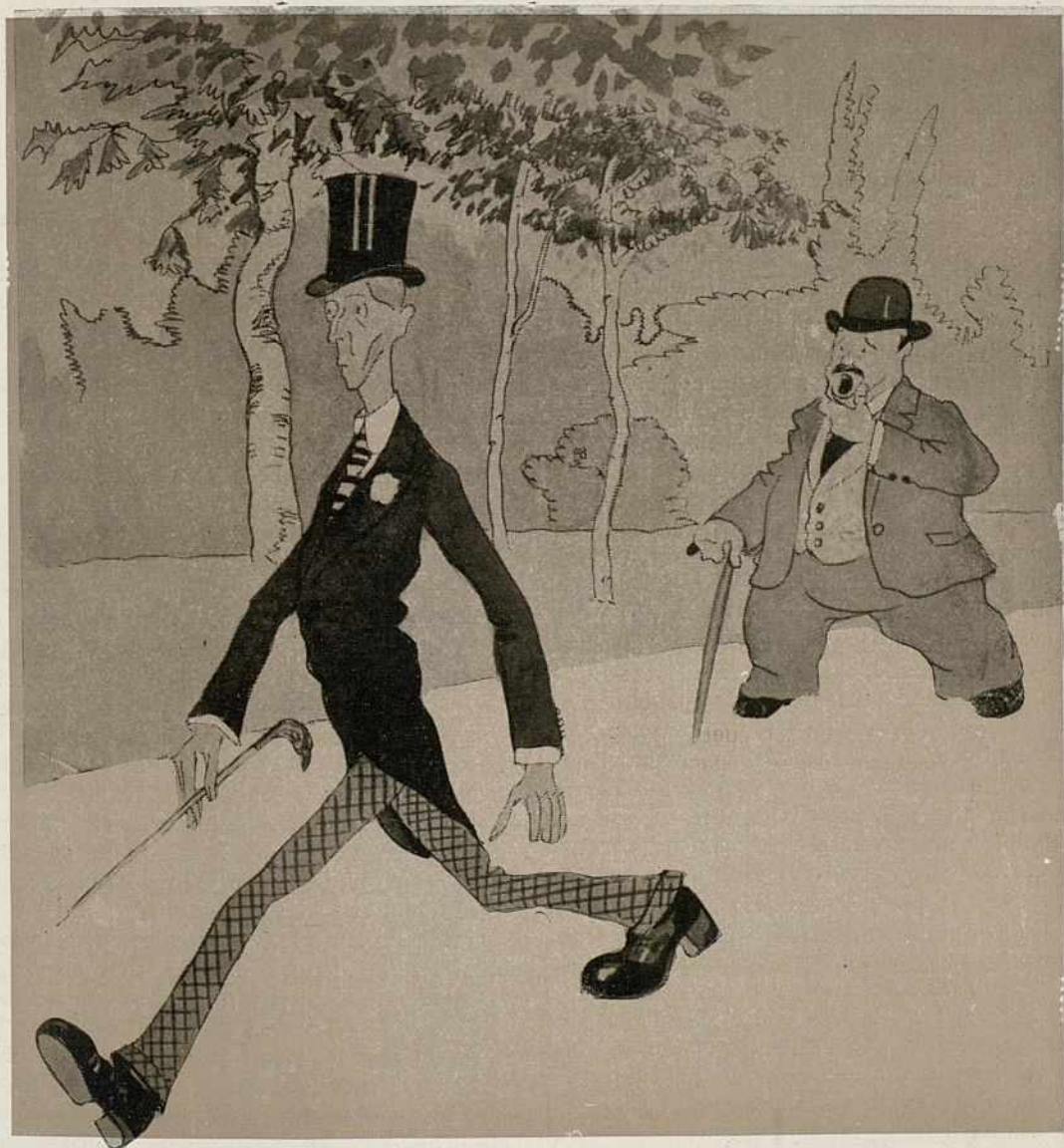
La hora de los almuerzos era una incógnita. El amo venía á las doce, á la una, á las dos, ó no venía; porque Cómitre, que antes nunca llevaba encima más que dinero suelto para el tranvía, ahora sacaba billetes, pedía almuerzos al café (—¡qué le darán!—decía Máxima, santiguándose) y por la noche se volvía loco haciendo cuentas y ordenando un manojo de pa-



peles del maestro de obras, del jardinero, de la casa de coches, del tratante, del mueblista, del carpintero, de los pintores y de los demonios colorados.

Además, venía dando prisa, cosa que irritaba en extremo á Máxima, acostumbrada á ser un cronómetro en el cumplimiento de su obliga-

ción; comía con atacador, todo le parecía bien, no agradecía tal plato ó tal salsa y se iba á la calle mascando el último bocado y habiendo tomado el café de un sorbo y llevándose en el estómago un revoltijo.



ción; comía con atacador, todo le parecía bien, no agradecía tal plato ó tal salsa y se iba á la calle mascando el último bocado y habiendo tomado el café de un sorbo y llevándose en el estómago un revoltijo.

—¡Imposible que no reviente!—decía la honrada dueña á una vecina á quien había tomado por confidente, ella que nunca quiso tratar á la vecindad.

¡Y había que ver cómo volvía Don Prudencio! Extenuado, polvoriento, irritados los ojos, contusionado á veces, oliendo á cuadro, á aguarrás,

El hígado de Máxima era ya un saco de piedras. Para colmo de irritación, su amo ya no sabía hablar más que de los señores de Harris, tan buenos, tan amables, tan simpáticos... y todo esto se lo contaba á Máxima dos veces al día, sin darse cuenta del mal efecto que producía en la sirvienta, cuya cara tenía ya color verde-botella.

—No sabe usted, Máxima, lo agradecidos que me están. Dicen en la última carta que, desde el momento en que lleguen á Madrid, no sentirán que me separe de ellos.





Todas las esperanzas de Máxima en el pronto arreglo de la casa se vinieron al suelo.

—Anoche llegó el ayuda de Cámara de los Harris—continuó Cómitre—, y por cierto que es un hombre que parecé tener ocho brazos y cincuenta piernas. ¡Qué hombre! ¡Qué manera de hacerlo todo! ¡Qué rapidez! ¡Qué tino! Yo me divierto fingiendo que se me caen las cosas de las manos; pero no hay cuidado, ninguna llega al suelo. Se comprende que esté al servicio de semejantes amos.

Máxima no pudo más y soltó la espita de la rabia.

—¿Y qué son esos señores? ¿Tiliriteros?

Afortunadamente á Cómitre le hizo tanta gracia, que se atragantaba con la risa.

### Los Harris

Eran cerca de las cuatro y media cuando se detuvo ante la estación del Norte un carruaje de cuatro asientos, tirado por magníficos caballos.

Del pescante saltó á tierra un hombre de elevada estatura, rostro moreno y pelo entrecano, que con una mano abrió la portezuela del coche, sujetó con la otra el sombrero, que se le llevaba el viento, dió un puntapié á un perro y desembarazó á Cómitre de un precioso ramo de flores que Celeste había juzgado oportuno llevar á mistrees Harris.

Aquel desahogado jugar de brazos y piernas aturdiría y desconcertaba á Cómitre, que nunca movía pie ni mano sin *resolverlo* previamente y en virtud de tales ó cuales *considerandos*.

Así se hizo un lío al apearse del carruaje, no pensando en dar la mano á Celeste hasta bajar el *carrik* que se le había subido á la cabeza, ni pudiendo lograr esto último, empeñado en recuperar el ramo de flores que Tom tenía en la mano.

El resolver la situación fué para el americano cosa de un segundo. Ayudó á bajar á la señora, le entregó el *bouquet* y arregló el abrigo del caballero, que, luchando furioso contra el viento, pegó con la punta del capotillo en un ojo á un mozo de cuerda que venía cargado con un baúl y que empezó á echar *demus* por la boca, como si ésta fuera la del infierno.

Por cierto que el tal capotillo era una de las prendas más curiosas del museo de Cómitre.

Apenas si le pasaba de la cintura, y sin la esclavina, que tenía mucho vuelo (demasiado en concepto del mozo de cuerda), la prenda en cuestión se hubiera quedado en americana. Solamente Cómitre habría podido dar razón satisfactoria de la extraordinaria *cortedad* de aquel *carrik* color de ceniza, más corto que los capotillos de corte del tiempo de Felipe IV.

No era por economía, porque cualquier pantalón de Cómitre hubiera dado tela bastante para una capa, y los compañeros de oficina, que le

llamaban *el maragato del Negociado*, se quedaron con la boca abierta el primer día que Prudencio llevó al ministerio aquel abriguito, al cual sólo faltaba el cinturón para ser una *gari-baldina*.

Hubo quien pretendió que con aquella extraordinaria *cortedad de alcances* Don Prudencio se proponía únicamente faltar al respeto á sus compañeros cada vez que se volvía de espaldas á ellos...

—¡Qué hombre tan atolondrado es este Tom!—dijo Prudencio á su compañera, mientras el aludido tomaba los billetes de andén.

—¡Atolondrado! ¡Al contrario! Hase las cosas tan pronto y tan bien, que parese que tiene catorse brazos.

—¡Pchs! A las mujeres os encanta esa viveza ratonil...

—Prudencio, mala ocasión es esta para hablar mal de esos animalitos. Dentro de cinco minutos tendremos delante dos ratones muy desentes y aristocráticos.

—Es verdad, y comienza á preocuparme la manera de ser de los amos, por lo que me aturde y me marea la manera de moverse del criado.

Diciendo esto, pasaron al muelle, á tiempo que ya el tren entraba en la estación con el estrépito y la animación de costumbre.

Mientras el caballero del orden (y no caballero de la Orden, como él deseaba) pensaba, en efecto, que se vería obligado á hacer su presentación corriendo de un lado para otro detrás de los Harris, quiso la suerte que, al detenerse el tren, se encontrasen los que esperaban ante un coche-cama, al cual subió Tom inmediatamente.

Pasado un momento, se apearon del coche los señores de Harris, seguidos de Tom, que, sombrero en mano, advirtió á los viajeros de la presencia de Celeste y de su atónito acompañante.

Decimos atónito porque Cómitre tenía delante de sí á dos personas un tanto menudas de cuerpo, correctamente vestidas y correctamente *formadas en fila*, que, sin mover los pies y sin despegar, digámoslo así, los cuerpos, saludaban con tanta igualdad y tan perfecto paralelismo, como esas artistas de circo que trabajan en el doble trapecio, estirando ó encogiéndose al mismo tiempo los brazos derechos ó las piernas izquierdas.

Hasta entonces, y contra lo que Don Prudencio se figuraba, la escena resultaba quizá un poco grotesca; pero sin las carreras y la jadeante fatiga que esperaba Cómitre.

—Se han molestado ustedes.

—Son ustedes muy amables.

—Y qué preciosas flores.

—Estamos vivamente agradecidos.

—Ya sabíamos que eran ustedes muy buenos.

—Y en extremo simpáticos; ¿verdad, Mary?

—Verdad, Dick; muy simpáticos.

Eso sí: ellos se lo hablaban todo. Parecía que desahogaban la quietud de los pies por medio de la lengua.



Aunque se quitaban la palabra el uno al otro, hacíanlo con tal compás y buen acuerdo, que no era posible achacarlo á intemperancia; más bien producía el efecto de un solo discurso perfectamente pronunciado por dos voces distintas. Ya rectificaba Cómitre la opinión que había

te, sin retrasar la marcha y sin que la conversación se interrumpiera un momento; con tal rapidez evolucionaba hacia la derecha ó hacia la izquierda y tan estudiado parecía tener el arte de disimular y anular su defecto.

Celeste, que tenía el andar majestuoso y cier-



formado de los americanos, cuando se deshizo el encanto.

La señora dió un paso hacia Celeste y Dick se colgó del brazo de Prudencio.

Tom, cargado de maletas, había salido de la estación.

Delante las señoras y detrás los caballeros, se encaminaron los cuatro á la puerta de salida. La americanita pasaba de un lado á otro de Celes-

to cabeceo de caballo empenachado, parecía haber tomado en seguida el compás á Mary, según el acierto con que dirigía la palabra á uno y otro lado, sin necesidad de mirar dónde se encontraba su interlocutora.

Prudencio ni siquiera tenía que imitar á Celeste: el americano seguía apoyado familiarmente en el brazo que había tomado al apearse, á pesar de que habían andado unos treinta pasos,



durante los cuales Mary había cambiado de sitio quince veces.

«En esto, como en todo, lo que representa un defecto—pensaba Prudencio—, la mujer lleva siempre la ventaja.»

Pero apenas lo hubo pensado, sintió que el señor Dick se desasía y se alejaba por el andén adelante, murmurando una excusa.

Ni visto ni oído. Cuando Prudencio se dió cuenta de ello, ya estaba el yanqui á cien pasos. Tan suave fué la separación, tan insensible la velocidad de Dick al principio y tan uniformemente acelerada después, que no parecía que andaba, sino que había puesto los pies en una acera movable que se lo llevaba serenamente con la velocidad de un expreso. Aquel hombrecillo andaba de la misma manera que *anda* el que se va á la calle por la ventana de un piso cuarto.

En un abrir y cerrar de ojos le vió Cómite llegar á los jardinillos, desaparecer por un lado, reaparecer por otro y aumentar gradual y rápidamente de tamaño, hasta ponerse otra vez junto á Prudencio, sin que las señoras hubieran adelantado entretanto cinco pasos.

Prudencio no pudo menos de decirle:

—Caramba; es cosa notable.

—¡Ah! ¿Se refiere usted á nuestra neurose? Diga usted más bien que es horrible y fastidiosa. Marido y mujer parecemos monos. Es difícil que encontremos una verdadera amistad, porque...

Dió una vuelta completa al salón de espera, que atravesaban en aquel momento, y continuó, como quien ha cortado el discurso para estor-nudar:

—Porque se nos mira como animales de otra especie. Empezamos por inspirar curiosidad y acabamos provocando la compasión ó la burla; nunca el afecto amistoso, que es esencialmente igualitario.

Iba Prudencio á poner los paños calientes de la cortesía sobre aquel dolor tan sinceramente manifestado, cuando el americano le dejó solo por tercera vez.

No pudo, sin embargo, alejarse mucho. Alguien acechaba la escapatoria y la cortó respetuosamente diciendo:

—Las señoras esperan en el carruaje.

Dick retrocedió, hizo tomar asiento en el coche á Cómite y se colocó en seguida junto á él, deshaciéndose en invectivas contra el que inventó andar en pies ajenos.

«Se comprende—pensó Cómite—: el carruaje es para este matrimonio una jaula.»

—Saldrán ustedes casi siempre á pie—dijo á Dick.

—No, señor; al contrario; pero lo hacemos así por no darnos en espectáculo á los transeúntes. Anteayer dí una vuelta por el boulevard en París, y de pronto noté que me seguía una turba de chiquillos y desocupados. Gracias á que en un momento los dejé atrás; pero pronto se reunió otra escolta y tuve, por último, que tomar un coche para volver á casa.

—¿Han estado ustedes mucho tiempo en París?

—Sólo cinco días; y no hubiéramos pasado por allí si no fuera preciso que viéramos al doctor Charcot, con quien estábamos en correspondencia. Pero no nos gusta París: yo creo que la civilización acabará á manos de la monotonía. Observe usted que en la mayor parte de los países civilizados no tienen relieve ni color local más que la aristocracia y el pueblo, dos degenerados, unos por falta de pan y los otros por falta de ideas. La clase media, que es ya la Humanidad, es la misma en todas partes, y más que especie humana debería llamarse *especie del gabán*. Y París es aburridamente mesócrata.

Tan inesperada disertación, aunque dicha con mezcla de palabras francesas y aun inglesas, dejó turulado á Cómite. Tan turulado, que soltó una majadería:

—¿Han visto ustedes los comercios?...

Dick rompió á reír de muy buena gana y, dando una palmadita á Cómite en la rodilla, exclamó:

—Es usted burlón como buen español y rencoroso con los franceses.

Cómite cayó en la cuenta de que hablar de comercios á un americano era mucha gana de hacerle reír. Afortunadamente Harris había tomado como epigrama lo que en realidad era admiración por ¡aquel Louvre!, como él decía siempre que hablaba de París, por no haber encontrado en él cosa que más le gustara.

Volvió al tema de la enfermedad.

Aunque la compasión y la cortesía aconsejaran no hablar de ello, Cómite, que siempre fué fisgón, no se escatimaba la satisfacción de la curiosidad, si era su objeto un extranjero.

Al fin y al cabo, nuestros ferrocarriles son de ayer; nuestros viajes fuera de España son de hoy; la costumbre de considerar al extranjero como persona, y no como animal curioso, será nuestro mañana.

No se necesita que el extranjero sea un coreico, ni que el español sea un palurdo para que el segundo contemple al primero como los árabes á los europeos, admirándose de todo y fingiendo no admirarse de nada.

—¿Y qué dice Charcot?

—Que nuestra salvación está quizá en el hipnotismo; que sólo una sugestión poderosa y acaso una autosugestión podría curarnos.

—¿Y ustedes, qué dicen?

—Yo soy opuesto á las prácticas del hipnotismo.

—¿Teme usted?...

—Temo perder el cariño de mi mujer. Soy un poco celoso. La dependencia de la voluntad de la hipnotizada respecto de su hipnotizador es cosa probada. El hipnotismo no es otra cosa que la fascinación. Y, hablando francamente, mi mujer y yo nos queremos demasiado para conquistar el reposo de los cuerpos á cambio de que pierdan el compás los espíritus.

—Dice usted perfectamente—exclamó Cómite,



sinceramente admirado del buen sentido del americano.

La conversación entre Celeste y Mary debía de llevar otros rumbos. Mary, aunque tan desazonada como su marido por ir en coche, dejaba más hueco en el diálogo á las observaciones de Celeste; y la experta señora las aprovechaba, sin duda, para lucir su ingenio, porque menudeaban las frases dichas casi al oído, seguidas de las alegres carcajadas de la americana.

Y alguna vez de furtivas y burlonas miradas al «caballero del corto carrico», como le hubiera designado Don Quijote.

Por fin, cesó el martirio de los Harris.

El carruaje había llegado á uno de los más suntuosos hoteles de la Castellana, y viajeros y acompañantes descendieron apresuradamente.

A Prudencio se le heló en flor la descripción ordenada y metódica que pensaba hacer del palacio á sus dueños.

Durante cinco minutos fué una de carreritas, idas y vueltas, que Prudencio se mareó y se desanimó, con gran regocijo de Celeste, que le decía en los breves instantes que duraban las desapariciones de los cónyuges:

—Hijo, ya te irás haciendo á ellos. Y correrás más que ellos con el tiempo.

La feroz expresión de la mirada de Cómitre hizo soltar la carcajada á Celeste, y la vuelta de Mary cortó los comentarios.

Casi en seguida reapareció el marido, trayendo un gran manojo de flores que, con el ramo de Celeste, fueron entregadas á Tom para que adornaran la mesa.

Marido y mujer estaban encantados de la nueva vivienda, y no ciertamente por los lujosos muebles, ni por las muchas y valiosas obras de arte que encerraba, sino por el azul del cielo, por el idioma que oían hablar á la servidumbre, por las jotas que tocaba en la calle un piano de manubrio, por las plantas y las flores del jardín; en una palabra, por el elemento indígena de la localidad.

—Por lo que veo, han recorrido ustedes toda la casa—dijo Prudencio, que no renunciaba á la idea de la descripción metódica.

—Sí—contestó Dick con naturalidad—, yo he visto la casa y el jardín sin perdonar un solo rincón.

—Y yo también—dijo Mary.

—Me gusta todo muchísimo, y me alegro, porque soy algo supersticioso; y cuando una casa no me es simpática, no espero que me suceda cosa buena en ella.

—Yo necesito algo más—dijo Mary—; quiero inaugurarla bien y voy á poner á prueba la bondad de nuestros amigos, rogándoles que coman hoy con nosotros.

—¿Hoy precisamente? Estarán ustedes cansados del viaje.

—De ningún modo—dijo Harris—; la enfermedad nos obliga á dormir dos siestas durante el día, y hoy no hemos faltado á la costumbre.

—El viaje nos cansa porque no podemos hacer ejercicio.

—Y ya nos han visto ustedes descansar... coreteando.

No hubo modo de rehusar.

—¿Comerán como andan?—pensó Cómitre mientras daba el brazo á la americanita.

Pronto se tranquilizó. Los Harris comían poco, pero espaciándolo para llevar el compás á sus convidados. En cambio, á cada momento aban-



donaban su asiento para revolotear alrededor de la mesa, alternando marido y mujer en estos vuelos, que, por el arranque y por el giro, hacían pensar en dos mariposas acosadas por un gato.

A Cómitre ya le impacientaba aquel incesante ir y venir. Estaba un poco mareado y no quería achacarlo á los vinos. A cada momento esperaba que aquellos señores se cansasen y quedaran inmóviles y rendidos, y á cada momento se desesperaba ante un nuevo revuelo de los enfermos.

En el salón fué todavía peor. Harris hizo fumar á Cómitre, que rara vez fumaba, redondeando así un mareo compuesto de poquitos, porque ni lo que había bebido, ni el tabaco, ni la zarabanda que padecían sus nuevos amigos eran aisladamente gran cosa.

Entretanto, Mary se había sentado al piano.

—¿Toca usted?—le preguntó Celeste, que también era aficionada.

—Sí—contestó con acento compungido—; ¡allegros!

Celeste estuvo á punto de reír el contraste entre la palabra y la expresión con que fué dicha. En efecto, Mary no podía sujetar sus nervios



á la lentitud de un andante. Aun tocando solamente *allegros*, los precipitaba, de suerte que un simple *allegro* era *conmoto* y este *vivace* y este *prestísimo*.

Celeste se ofreció á tocar los *andantes*, cediendo el puesto á Mary al llegar al *allegro*, y los dos hombres aplaudieron la combinación y aun tomaron parte en ella, porque Dick, con sus continuas carreritas, parecía que bailaba los *allegros*, y nuestro buen Cómitre, á quien se le iba un poco la cabeza, sentía ya que, sin querer, *balanceaba* los andantes.

Por fin, á media noche, un carruaje de la casa dejó en la suya á Celeste y llevó después á Don Prudencio á la calle de las Góngoras.

Abrió la puerta Máxima y vió á Cómitre resbalar primero sobre una pared del pasillo, después chocar descaradamente con la opuesta y meterse, por último, en su alcoba poco menos que arrancando una de las puertas vidrieras.

Máxima se fué á la cocina, se sentó y se llevó el delantal á los ojos, rompiendo en llanto y diciendo entre sollozos:

—¡Está borracho!

### Confidencias

Por primera vez en el trancurso de muchos años Cómitre continuaba roncando á las nueve de la mañana, y Máxima tenía la cara de luto riguroso.

Paró un carruaje á la puerta y un momento después sonaba la campanilla.

Acudió Máxima y se encontró en presencia de un joven elegante, que se coló de rondón, diciendo:

—¿Está el señor? Dígame usted que está aquí Dick Harris. ¿No se ha levantado? Bien. No tengo prisa. Esperaré.

Y mientras hablaba, entró en la sala, abrió las maderas del balcón, miró todos los cuadros y dió cincuenta vueltas, que aturdieron á la vieja como si hubieran asaltado la casa todos los chicos del barrio.

—¡Máxima! ¡Máxima!—se oyó gritar á Cómitre.

—Voy allá—gruñó la sirvienta corriendo á la alcoba.

Cómitre, despertado por el campanillazo, sentía la cabeza un poco pesada.

—¿Quién llamaba?

—El del carrik.

—¿Quién es el del carrik?

Se oyó la voz de Dick, que gritaba:

—Soy yo, Don Prudencio. Si tiene que hacer, no se moleste. Me marcharé.

Cómitre soltó la carcajada.

—¡Está bueno! ¿Dick Harris, el de carrik? ¡Ja! ¡Ja! Tiene la mar de gracia. Y esforzando la voz, exclamó:

—No se marche, mister. En seguida me visto. Perdóne usted un momento.

Máxima volvió á la cocina refunfuñando.

—Bueno, bueno. Ahora todo le hace gracia.

Lo que tengo dicho, ¡parará en loco!

De pronto volvió á la puerta de la alcoba.

—¿Qué traje?

—Cualquiera.

—¿Cualquiera?

—Sí, una americana, sombrero hongo, el junquillo...

—¡María Santísima! Este hombre es ya un mala cabeza.

Cómitre se vistió de cualquier modo y salió á la sala.

—¿Le molesto? Seguramente le molesto. ¿Tiene usted negocios para hoy? ¿No? ¡Me alegro mucho! Quiero que vayamos á un paseo solitario *egrieval*. ¿Le place?

—Mucho. Yo también necesito respirar aire fresco. Iremos al Retiro.

Cómitre tomó el chocolate de pie, y se marcharon.

—Al Retiro por la calle de Alcalá—dijo Don Prudencio al cochero.

Cinco minutos después penetraban en el bosque del Retiro, y, á instancias de Dick, se encaminaban al restaurant de *La Perla*, ya desaparecido, donde encargaron un almuerzo detenidamente estudiado. Después se dirigieron hacia la casa de fieras y el baño de la elefanta.

—Tengo que confiar á usted mis penas—dijo Dick.

—¿Usted tiene penas?

—Sí; tengo una amargura muy grande.

Cómitre frunció el ceño.

Como todos los egoístas, era discreto. Es decir, que huía de penetrar en las vidas de los demás, seguro de encontrar cosas desagradables y temeroso de perturbar la digestión con lástima.

Además recordó que mistrees Harris era muy bonita, y sospechó que habría correteado de más.

—¿Qué pena es esa?—preguntó con acento resignado.

—Una pena horrible, una idea clavada aquí, en la frente, y en la frente de mi mujer. ¡Nuestra desgracia!

Y sin dejar hablar á Cómitre, continuó:—El que no puede ser desgraciado por cosas grandes, lo es por cosas pequeñas; pero que se ensanchan hasta llenar el corazón. ¿No es esto?

—Así es.

—Pues bien; nosotros somos desgraciados.

—¿No se quieren ustedes?

—¡Siempre! ¡Con frenesí!... Pero no podemos retratarnos.

Cómitre se echó á reír con toda su alma.

—Sí; ya comprendo que á usted le parecerá una chiquillada; pero para nosotros es una pena enorme, un puñal que llevamos clavado en las entrañas.

—¡Pero hombre!...



—Primero fué un deseo de satisfacción difícil, luego un empeño, una terquedad que los fracasos convirtieron en obsesión dolorosa, y, por fin, ha llegado á ser una locura.

Y trabando fuertemente del brazo á Cómitre, le dijo enérgicamente:

—Ya, Dick Harris, daría toda mi fortuna por un retrato.

—¿Por un retrato!...

—¿No! ¿no! Veo que usted no se convence de la magnitud de nuestra pena.—Y echando mano de un vocabulario de bolsillo que consultaba con frecuencia, añadió:—¿Inconsolable magnitud desgraciada! Esto es. Yo quisiera que usted se convenciera de esta desgracia inmensa.

—Sí, sí; ya me hago cargo.

—¿No! Usted no sabe... Atienda. Tenemos retratos nuestros al óleo de pintores extraordinarios. No me basta. Yo adoro á mistrees Harris. Retrato al óleo es mistrees Harris, vista por el pintor. Pintor es artista, poeta del color. Pintor tapa defectos y pintor no tiene mis ojos. Yo adoro también defectos de mistrees Harris... ¿Comprende?

—Comprendo, comprendo—dijo Cómitre, un tanto conmovido por el fuego y la sinceridad con que expresaba su amor el yanqui—; usted quiere la exactitud...

—Mistrees Harris vista, no por pintor, sino por matemático, por físico, por aparato exacto...

—¿La fotografía!...

—¿Eso!—Y descargó sobre el hombro de Cómitre una palmada como un puñetazo.

—Nada más fácil.

—¿Ah, no! Nada fácil. Lo ha intentado Nadar. Es un hombre de mucho talento y de mucha habilidad. No ha podido. La exposición dura diez segundos. Imposible para nosotros permanecer quietos ese tiempo. Nos ató á los soportes. Inútil. Nos achispó, nos contó historias horribles. Nos trató como niños: él sabe todos los *sones* para sorprender á niños y personas impresionables... Todo inútil. ¡Todo!

—¿Caramba; pues es verdad! Debe ser difícil.

—Es imposible—exclamó con amargura Dick, mientras describía ante el banco en que estaba sentado Cómitre una serie de giros, vueltas y lazos que parecían la firma de un pendolista.

Y volviendo á encararse con Prudencio:

—Usted, mister Cómitre, es hombre bueno, inteligente; usted conoce mucha gente... Si usted encontrara un medio... ¿Hasta me curaría! Porque también nos ha dicho Charcot, que vivimos en dos por cuatro y ciento treinta *negra* del metrónomo, es decir, en un compás desenfrenado, y que el día en que una causa cualquiera nos dejara inmóviles un minuto, habríamos perdido el compás, habríamos roto el ritmo y sería posible que nos hubiésemos curado. Y yo estoy seguro de que, si alguien me pusiera en las manos una fotografía de mistrees Harris, me dejaría sin pestañear. ¡Oh, ciertamente!

—Bueno, veremos. Creo que un pariente de Máxima...

—¿Estudiará usted el asunto?

—Sí, lo estudiaré.

—¿Ah! ¿qué bueno es usted! Se lo diré á Mary.

Y el buen Dick, después de abrazar á Cómitre, desahogó su alegría con una nueva serie de ruegos que semejaban un signo notarial y que hicieron arrepentirse á Cómitre de su promesa.

## Cabezón

Ni buscado á moco de candil se hubiera encontrado persona tan apta para el asunto como Mariano Cabezón; porque tenía un hambre descomunal, y el hambre es una aptitud para todo, muy digna de tenerse en cuenta. Había tenido taller de fotografía en la calle de Preciados, después en la calle de la Bola, más tarde en la calle del Casino (que está muy lejos del Casino), y, por último, en un patio los domingos por la tarde.

Decía él que no tenía suerte, debiendo decir que no tenía escaparaté. Como fotógrafo era un trabajador concienzudo; pero en sus movimientos se advertía la precaución, no la destreza, que es precaución y velocidad.

En resumen, era calmoso, cualidad que irrita á toda clase de públicos. Cuando le salía mal una cosa, decía:—¿Vaya por Dios!—, y la comenzaba de nuevo. Hermano de Máxima, y, por consiguiente, tan cabezón como ella, había influido con su calma en la irritabilidad de la futura ama de llaves, cuyo carácter se hizo pronto desapacible y agrio.

Tal era el hombre con quien Cómitre entraba en tratos al día siguiente de recibir la confesión de Dick Harris: cincuentón, grandote, buenazo y, en suma, el único émulo que habría podido encontrar Alejandro Magno cuando cortó el nudo gordiano de una cuchillada.

Mariano Cabezón lo hubiera desatado.

\*  
\*\*

—Y dice usted, Don Prudencio, que tendré que vivir en la casa...

—¿Claro! Porque se trata de aprovechar una ocasión que no sabemos cuándo se presentará. Se le hará á usted ropa; no librea, ¿eh?, sino un traje decente; tendrá usted que recortarse un poco esas barbas; con que tengan medio palmo es bastante.

—Tiene usted razón. Si lo que me pasa es que, mientras las recorto de un lado, me crecen del otro.

Cómitre enarcó las cejas y abrió los ojos hasta hacerlos redondos. Aquello era demasiada fertilidad de las barbas ó demasiada mandanga del barbero. Entonces recordó que Máxima le había hablado alguna vez de la calma de su hermano,



y comprendió que no era Cabezón el hombre que necesitaba.

Pero ya estaba cerrado el trato, y, por otra parte, Cabezón había hablado de su miseria, de lo providencial de aquella colocación, que agradecía tanto y cuanto...

Con cierta solemnidad dijo Cómitre:

—Mire usted, Mariano: estos señores son buenísimos, son unos ángeles de Dios... Pero ya le he dicho á usted que padecen una enfermedad

salían de las galerías ni tenían otra aplicación que la industrial.

Era, por lo tanto, una cosa extraña ver en casa de Harris aparatos fotográficos colocados en todas las habitaciones; cuatro en el comedor, dos en un gabinete, tres en otro, uno en el billar, seis en el salón, tres en la *serre*, uno en el vestíbulo, cinco en los ángulos de los pasillos, dos en la biblioteca y catorce en el jardín. El visitante, por fuerza, había de sentir cierta inquietud al verse



que les obliga á estar moviéndose continuamente. Para aprovechar un momento en que estén parados, habrá que andar muy listos, ¿comprende usted? En fin, para eso como para todo, amigo Mariano, tendrá usted que recortarse las barbas por los dos lados al mismo tiempo.

Entonces le tocó al fotógrafo enarcar las cejas y abrir los ojos, mientras en la obscuridad del pasillo Máxima se metía el delantal en la boca, reventando de risa.

\*  
\*\*

El mobiliario de la casa de los Harris recibió un suplemento extraño.

Hay que tener en cuenta la fecha en que ocurrían estos sucesos. Hoy los aparatos de fotografía se encuentran en cualquier casa de gente acomodada; á los aficionados les parece poco la instantánea y manejan la máquina grande y el aparato fijo. Entonces, los aparatos fotográficos no

constantemente *asestado* por aquellos misteriosos encapuchados de tres patas.

La colocación había sido bien estudiada, según la frecuencia con que los Harris pasaban ó se detenían en cada punto y la luz que cada sitio recibía, y las máquinas estaban enfocadas y preparadas las placas y el repuesto correspondiente á cada máquina. Harris hizo el cálculo de probabilidades y resultaron aprovechadas ocho horas y veintidós minutos en cada día.

Verdad es que también hizo el cálculo de las veces que él y su mujer estaban quietos durante cincuenta segundos seguidos, para lo cual Dick observó á Mary y Mary á Dick y ambos obtuvieron la misma cifra: un cero redondo, absoluto, desconsolador, implacable.

Los cálculos de Mariano Cabezón eran de muy diversa índole. «Cuántas veces, en las diez y seis horas de vigilia, quedaría desierto el comedor y desamparadas las frutas y los pasteles». Era á un mismo tiempo glotón y goloso, más goloso



que glotón, porque de frutas y dulces no se sentía harto jamás.

—¡Qué lástima!—se decía—. La primera vez en mi perra vida que me encontré en un Paraíso, me va á durar dos días. Estos ricos tiran el dinero á puñados. Más de cuarenta máquinas para un retrato... Como si yo no fuera el primer fotógrafo de España. Yo hago ese retrato á la hora que me dé la gana. ¡Bueno, Marianico, no hay que ser tonto! Supuesto que ellos creen que es una cosa tan difícil, ¡dejárselo creer!, y vamos chupando.

Y con el propósito de malograr las ocasiones que se presentaran durante un mes, comenzó su servicio.

Aunque Harris hubiera conocido este dato de la mala fe de Mariano, no lo habría tomado en cuenta para sus cálculos, porque al penetrar en el espíritu del fotógrafo habría visto que semejante propósito era una inocentada. Aquella misma tarde, Mariano intentó el retrato de Mary una vez, y dos veces el de Dick. Total, tres placas *movidas*.

—¡Todo sea por Dios!—dijo nuestro hombre—. Estas no sirven; pero ¡bah! lo tendré en cuanto quiera. Lo que hay es que no me da la gana tenerlo. ¡Buen tonto sería!

Y cerró el cuarto donde revelaba las placas y se encaminó al comedor, sin miedo de que nadie le estorbara; porque los señores habían salido y los criados huían del comedor en cuanto veían entrar en él á Cabezón.

Los había retratado á todos; desde la doncella hasta el jardinero.

—No es cosa de que crean que no sé hacer un retrato—decía, contestando á su conciencia.

Y, en efecto, nunca hubo tiple más retratada que la cocinera, el cochero, los lacayos y demás servidumbre de la casa. De busto, de cuerpo entero, de pie, sentados, con librea y sin ella, toda la *valetaille* de los Harris tenía retratos por docenas, y los distribuía pródigamente entre los lacayos y doncellas de otras casas, que también fueron disfrutando, cuál por novio de ésta, cuál por novia de aquél, de los beneficios que Daguerre hizo á toda la Humanidad, menos á los Harris.

Y Mariano se atracaba de pastelillos hasta reventar.

Ya no tenía que rondar el comedor. Los mismos criados le llevaban las golosinas á su cuarto y era milagro que no terminara aquel derroche con un cólico que, por su grandeza y su polifonía, hubiera tenido que instrumentar el mismo Wagner.

¡Puff!...

### Tentativas

La primera pregunta que hacía Cómitre al ver á los Harris, se refería al retrato.

Y los Harris, siempre riendo y siempre inquietos, le contestaban:

—Todavía no, pero se logrará; es cuestión de ocasión, que se presentará cuando menos lo esperemos.

—Y la costumbre de ponerse ante el objetivo, ¿no va comunicando á ustedes mayor quietud?

—Al contrario, amigo Cómitre; la sugestión lo impide. Nos basta ver á Mariano junto á una máquina para sentirnos más azogados que nunca; pero también nos acostumbraremos á esto.

Don Prudencio resolvió quedar en paz con su conciencia y después de una pausa, dijo:

—Es posible que tenga yo la culpa por no haber elegido bien. Mariano es un buen fotógrafo, pero es también un poco calmoso; quizá otro...

—¡No! ¡no!—gritaron los Harris—. Es el mejor para nosotros. ¿Ha visto usted en Lisboa los *guardas do silencio*?

—No.

—Caminan constantemente, pero tan despacio, que tardan un cuarto de hora en adelantar tres metros. Esto hace que los criminales no cuenten nunca con ellos, y precisamente por eso se los encuentran encima cuando menos lo piensan. ¿Comprende?

—Sí, sí... De modo que Mariano...

—Es nuestro *guarda do silencio*.

—Y nosotros los criminales.

Y terminó el tema entre carreritas y risotadas.

\*  
\*\*

Pasó un mes, y ya el buen Cabezón no necesitaba la amenaza de perder aquella ganga para redoblar su celo.

La misma dificultad de la empresa había concluido por abrir una herida en su amor propio, y cada vez que hablaba con Máxima, recibía una tanda de palos en la matadura, que le volvía loco y le avinagraba los pasteles.

Cada día revelaba un montón de placas impresionadas aquí y allá, y el resultado era siempre el mismo: todas inútiles.

Su genio, antes alegre y pacífico, se iba trocando en impaciente y colérico; y quien hubiera escuchado á la puerta del cuarto á la hora en que no revelaba, no hubiera conocido al hombre del «¡Todo sea por Dios!», porque también su vocabulario había cambiado, y Dios mismo hubiera salido de estampía *sans demander sen reste*.

Una mañana salió de su habitación, diciendo:

—¡Hoy meto yo en cintura á estos rabos de lagartija!

Al ver á los Harris, puso una cara muy fosca; se fué á ellos con resolución, los colocó, zarandeándolos brutalmente, y, al destapar el objetivo, les gritó con voz de trueno:

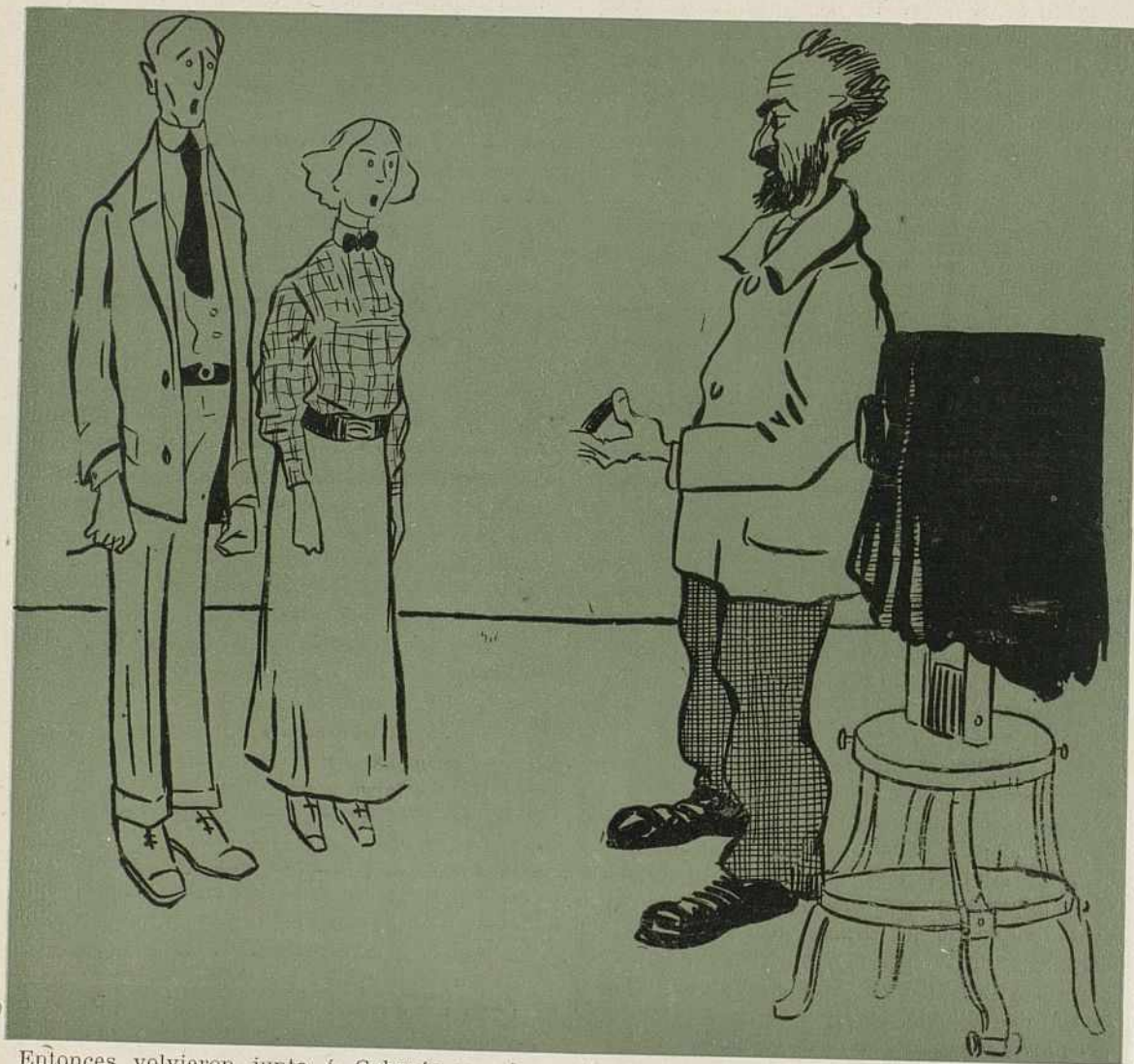
—¡Quietos, remoño!

Y los Harris, un momento sorprendidos por



aquellos ademanes, rompieron en una risa loca y en un desate de correteos como si fueran chiquillos de la escuela. Y cada vez que se miraban soltaban otra vez la carcajada y se apretaban los ijares, mientras Mariano tiraba al suelo la tapadera del objetivo y se arrancaba las barbas á puñados.

Corría unas veces como un loco tras de los Harris, otras veces se acercaba á ellos andando de puntillas como si fuera á darles una puñalada; alguna vez que creyó logrado su propósito, sacó el *chassis* de la máquina, lo apretó convulsivamente contra su pecho con la mano izquierda y se dirigió á la cámara de revelar,



Entonces volvieron junto á Cabezón y, sin dejar de revolotear y de reir, le consolaron.

—No se enfade, Mariano; ya saldrá bien.

—Es la enfermedad; ya sabe usted.

—Esto pasará.

—Usted ha trabajado ingeniosamente en este momento.

—¡Ah, sí! Ingenioso, mucho. ¡Ji! ¡ji!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

El mismo Cabezón acabó por reirse de su estratagema.

### Delirios

La vida del fotógrafo se ennegreció rápidamente.

mirando ferozmente á todas partes y dando bofetadas y puntapiés al aire como si una turba de invisibles malandrines pretendiera arrebatárle la placa.

Cuando vió que era tan mala como las anteriores, bramaba como un toro en celo.

La desesperación de Mariano contagié poco á poco á todos los habitantes de la casa. Hasta Dick y Mary reían menos que de costumbre. El empeño de lograr la fotografía de los amos había llegado á interesar á los criados, que ya no creían en la buena fe de Cabezón, y le acortaron la ración de golosinas.

Mariano ni siquiera lo advirtió. Dijérase que su paladar había derivado hacia la antropofagia y que sólo le inspiraba deseos de morder á un semejante.



Máxima, que no le veía ya en bastante tiempo, no quiso privarse del maligno placer de decirle unas cuantas cuchufletas y le visitó en su cuarto de casa de los Harris.

Cinco minutos después sana atropelladamente, recibiendo, al atravesar la puerta, un soberano puntapié, que le dolió en la dignidad y en otra parte.

Y como si las palabras venenosas de Máxima tuvieran el privilegio de estimular el cerebro de su hermano, hete aquí que al día siguiente salió Cabezón de su cuarto radiante de gozo y se dirigió en busca del yanqui, al cual dijo sin más preámbulos:

—Voy á colocar una cama en la *serre* y encima de la cama una máquina ya enfocada, con un cordoncillo que haga jugar la tapa del objetivo. Ustedes se acostarán vestidos, y en cuanto se hayan dormido, entraré, haré el retrato, y en la placa les abriré los ojos. ¿Qué tal?

—De manera—dijo el yanqui—que los ojos serán pintados por usted...

—No hay otro remedio. Pero yo le aseguro á usted que nadie lo conocerá. Y, además, esto es la seguridad; esta mañana se coloca la máquina en el techo y esta tarde tiene usted el retrato.

—¿De veras?

—Como no se muevan ustedes durmiendo... ¿Es que también se mueven mientras duermen?

—No sé.

—¡Rediós! ¡Pues hasta ahí podíamos llegar! Pero, en fin, con verlo basta.

De sobra comprendió Cabezón que este procedimiento no había entusiasmado al americano. La mentira de los ojos era una merma muy grande para un hombre que sólo buscaba la exactitud. Pero Mariano insistió en dar seguridades de que no había de conocerse la superchería, y, por otra parte, los mismos cónyuges, aunque lo disimulaban, se sentían ya un tanto contagiados de la desanimación que reinaba en la casa.

Mary callaba para no disgustar á Dick. Este callaba por no reconocerse vencido; porque defraudada aquella última esperanza, la vida misma perdía para ellos el mayor de los encantos.

Inmediatamente se procedió á instalar la máquina en el techo de la alcoba, entre los hierros de la galería de cristales, en la parte libre de plantas, después de medir con la exactitud posible la distancia de la cámara obscura á los cuerpos tendidos en la cama.

Tanto Mary como Dick sentían extraordinariamente que Cabezón *les abriese los ojos*; pero, por fin, triunfó el deseo de poseer la ansiada cartulina, de sorprenderse en estado de reposo, de confirmar su admiración mutua merced al dato fotográfico, y hasta de encontrarse nuevas perfecciones.

Llegada la hora de la segunda siesta, los Harris se acostaron vestidos y, á pesar de la luz

que dejaban pasar los vidrios, no tardaron en dormirse.

Mary no había comprendido al principio la idea del fotógrafo.

—Cualquiera lo comprende—había contestado con impaciencia Cabezón—; ustedes estarán boca arriba, la máquina estará boca abajo y apuntada á ustedes... Es lo mismo que si la máquina estuviera horizontal y ustedes de pie delante de ella. Yo borraré luego la cama y pondré otro fondo.

Como decíamos, llegó el momento decisivo, y Mariano se adelantó sin hacer ruido y sin sentir la emoción que era de esperar en tal momento. Estaba ya completamente aburrido, y su único sobresalto era el temor de que el ladrido de un perro ó una voz de la calle viniera á despertar á los Harris.

Afortunadamente, no ocurrió nada de esto. Mariano tiró del cordoncillo y se destapó el objetivo; los Harris no se movieron; la cámara obscura debió tragar glotonamente aquella imagen tan inútilmente ojeada meses enteros, y pasado el tiempo de exposición suficiente, Cabezón hizo jugar otro cordelito y el ciclope fotográfico cerró su pupila satisfecha.

—¡Lo que es ahora ¡remoño! está hecho el retrato.

Estas palabras de Mariano despertaron á los Harris, que saltaron de lecho sin querer prolongar la siesta, ayudaron á Mariano á encaramarse para sacar el *chassis* y se encerraron con él en la cámara de revelar.

Algunos criados, á quienes había maravillado la ocurrencia de Mariano, llegaron hasta la puerta y quedaron escuchando.

Primero un largo rato de silencio. De pronto, una interjección de Mariano y una risotada de Mary y otra de Dick, y otra y otra y exclamaciones sin cuento, seguidas de enérgicos juramentos de Cabezón, que gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Pero la idea es buena! ¿eh? Si ahora no ha resultado, resultará otra vez. ¡Ya lo creo!

Se abrió la puerta y salieron los retratados y el retratista; éste bastante mohino y no poco molestado por las risas de sus *clientes*, y ellos quitándose la palabra y la risa el uno al otro.

—¡Es la *giga*!

—*Not; it is the FLAMENCA!*

Cabezón venía detrás con visibles deseos de levantar y estirar la pierna.

Expliquemos lo que había ocurrido.

Cabezón había pensado bien. Puestos ellos boca arriba y puesta la máquina boca abajo, era lo mismo que estar en pie ante el objetivo. Hasta aquí, su idea no tenía objeción seria. Pero Cabezón había pensado, sin duda, que los Harris durmieran de frente á la máquina, tiesos, rígidos, como soldados en una parada, y así no duerme nadie. Se estira un brazo, se encoge una pierna, y si después se pone vertical la fotografía obtenida, cuanto más natural sea la postura del dur-



miente, tanto más ridícula será una vez puesta en pie.

La más natural de todas era la que había adoptado Dick, ó, mejor dicho, en la que le había sorprendido el sueño: decúbito lateral derecho y los miembros en semiflexión. Y puesto el cliché verticalmente, resultaba el americano de perfil y como si tuviera un dolor de tripas de triple urgencia. Mary tenía un brazo puesto en jarras y con el otro, que descansaba en la almohada, imitaba un baile de palillos.

Cómitre se rió grandemente al ver la pareja de baile; Celeste, avisada por una esquila de Mary, acudió dos horas después con el exclusivo objeto de ver la *pareja de baile*, y todos convinieron, sin embargo, en que la idea era muy ingeniosa y daría buen resultado en otra prueba.

Cabezón fumaba desesperadamente en un rincón, diciendo por lo bajo unas desvergüenzas horribles.

La *pareja de baile* fué colocada en un marco y se esperó el resultado del día siguiente.

Poca diferencia hubo entre la primera y la segunda.

En ésta, Mary, con su brazo caído y otro en alto, parecía estar prestando juramento, mientras que Dick, siempre de costado y con las piernas separadas y un brazo extendido, marchaba resueltamente hacia su mujer con el aire más belicoso del mundo.

Y en la tercera, Mary casi cogía por las narices á su marido, que á su vez había colocado una mano donde parecía dolerse de un puntapié.

Por fin, la cuarta no tenía nada de ridícula, pero Cabezón rompió la placa apenas revelada: marido y mujer se abrazaban en ella furiosamente.

Para la quinta, los cónyuges se dejaron atar las manos, que quedaban entre sus cuerpos, y *salieron* jugando al corro, porque habían levantado las manos atadas formando un arco, como los chicos para que pasen por debajo sus compañeros.

Menos mal que éstos fracasos habían devuelto la alegría á los Harris, que se desternillaban al verse en semejantes posturas, y las coleccionaban para formar un álbum que se titularía *Las mil y una siestas*.

—¿Las mil?—decía Cabezón amargamente.—¡Ni siquiera las tres docenas! De mí no se ríe nadie.

En realidad, la única satisfacción de Mariano en aquellos días fué retratar á Cómitre con la cruz de la Legión de Honor, que Dick había conseguido para él y que se celebró con un banquete,

al cual asistieron los mismos dos convidados que el primer día, porque el matrimonio se negaba obstinadamente á contraer nuevas amistades.

Y en esta situación de los ánimos llegó el memorable 12 de Julio.

### Cabezón se despide

Memorable por el triunfo del Bien sobre el Mal y de la conciencia sobre el estómago, de la honradez profesional del más humilde y necesitado de los fotógrafos sobre el regalo y la molicie de una vida cuya justificación no llegaba nunca.

Cabezón había decidido marcharse.



—Malo es pasar hambre—decía, doblando las barbas sobre la boca—; pero esto es robar el pan ¡remoño! y yo no he nacido para esto.

Esta idea no le había dejado pegar los ojos. Bajó muy temprano al jardín con la esperanza de que Harris madrugase, despedirse de él y salir de la casa sin que se enterasen los criados.

Su equipaje, consistente en un lío y un baúl, estaba listo.

Volvería al patio en que había trabajado los domingos por la tarde y volvería con una máquina magnífica, regalo de Dick, con la cual era fácil hacer bodas, bailes, escuelas, tíos vivos y toda clase de grupos numerosos.

No lo pasaría bien; demasiado sabía los ayunos que pasa un fotógrafo alrededor de los Viveros... Pero sería fotógrafo, ¡un fotógrafo serio! ¡Eso es!

Y con el ánimo templado por la conciencia y la dignidad profesional, esperó, paseando por el jardín, á que Harris se levantase.

Pero aquel día no madrugó el americano y,



llegada la hora, Mariano tuvo que subir á su cuarto á tomar el desayuno.

¡Paciencia! Tendría que soportar las despedidas de los criados que le recordarían su fracaso. ¿Y qué? Ninguno de aquellos ganapanes era capaz de desprenderse como él de una vida regalona, ante la conciencia del deber incumplido.

Bajó al comedor y le dijeron que los Harris estaban en el corredor de cristales que daba al jardín.

La entrevista apenas duró cinco minutos.

Mariano empezó por no encontrar palabras para expresarse.

Los Harris eran muy buenos, y si él los abandonaba era también por pura bondad, por honradez...

Y como esta idea se le hizo una maraña en los sesos, se puso á limpiar una máquina de las dos que había en el corredor.

—¿Prepara usted sus armas, amigo Cabezón?—le preguntó Dick.

—No, señor—contestó Mariano, quedando un momento perplejo con la tapadera del aparato en la mano—; no preparo nada, porque me marchó.

—¿Se marcha?

—Sí. Muy agradecido... pero la dignidad... me marchó.

Una intensa palidez cubrió los semblantes de Dick y de Mary, que, cogidos de las manos, fijaban sus ojos en su turbado interlocutor.

Aquella resolución les había producido el efecto de una puñalada. Por tenue que fuese el hilo del cual pendía su ilusión, todavía era algo; y hete aquí que aquel hilo se rompía y con él la última esperanza de realizar el ensueño de la juventud, el más vivo deseo de sus amores,

la obsesión de los últimos años. Aquel golpe parecía haberles paralizado la vida.

De pronto pasó una cosa extraña.

Mariano, que para ocultar su turbación apartaba la vista de los Harris, los miró, saltó en su mente una idea, recordó, calculó... y aquel hombre *lento* tuvo por primera vez en su vida un movimiento rápido...

Los Harris llevaban más de diez segundos inmóviles ante la máquina. Mariano, que distraídamente había conservado la tapa del objetivo en la mano, se precipitó hacia el aparato y lo cerró.

—No se marche, Mariano—dijo, por fin, Dick.

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí, me marchó, recóncholis! Porque ya no tengo nada que hacer en esta casa.

Y dirigiéndose á Cómitre, que entraba en aquel momento, le gritó con todos sus pulmones:

—¡¡Porque los he retratado!!

—¡Y es verdad!

—Nos hemos quedado inmóviles.

—¿De veras?

—Porque se había despedido de nosotros.

—¡Ya! Pues que sea enhorabuena, amigos míos.

—Pero ¿usted no observa una cosa, Don Prudencio?—preguntó Cabezón estatuariamente apoyado en su máquina como Hércules en su clava.

—¿Qué cosa?—preguntó Cómitre.

Nuevamente resonó la voz de trueno de Mariano.

—¡¡¡Que los he curado!!!

Un agudo grito de Mary fué la contestación.

En efecto; se había parado el compás, se había roto el ritmo, como había dicho Charcot.

Y aquello fué una de abrazos y lágrimas á diestro y siniestro...

*T. Ferrer de la Pedraza*



# Números publicados de EL CUENTO SEMANAL

- Año I.—Primer semestre.**—1.\* Jacinto Octavio Picón: *Desencanto*.—2.\* Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gioconaa*.—3.\* Gregorio Martínez Sierra: *Aventura*.—4.\* Eduardo Zamacois: *La cita*.—5.\* Salvador Rueda: *La guitarra*.—6.\* Antonio Zozaya: *La maldita culpa*.—7.\* Emilia Pardo Bazán: *Cada uno*.—8.\* Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio*.—9.\* Felipe Trigo: *Reveladoras*.—10.\* José Francés: *El alma viajera*.—11.\* Eduardo Marquina: *La caravana*.—12.\* Juan Pérez Zúñiga: *La soledad del campo*.—13.\* Pedro de Répide: *Del Rastro a Maravillas*.—14.\* Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado*.—15.\* Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne*.—16.\* Pedro Mata: *Ni amor ni arte*.—17.\* Amado Nervo: *Un sueño*.—18.\* Alejandro Sawa: *Historia de una reina*.—19.\* F. Villaespesa: *El milagro de las rosas*.—20.\* S. y J. Álvarez Quintero: *La madreclita*.—21.\* Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda*.—22.\* Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*.—23.\* A. Larribiera: *La conquista del jándalo*.—24.\* Mauricio López-Roberts: *Las tres reinas*.—25.\* Colombine: *El tesoro del castillo*.—26.\* F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por mala!*
- Segundo semestre.**—27.\* Pablo Parellada: *Pompas de jabón*.—28.\* Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa*.—29.\* Manuel Ugarte: *La leyenda del gaucho*.—30.\* Mariano Vallejo: *Deuda pagada*.—31.\* Arturo Reyes: *La Moruchita*.—32.\* Angel Guerra: *Al «jallo»*.—33.\* Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas*.—34.\* Cristóbal de Castro: *Luna, lunera*.—35.\* Ricardo J. Catarineu: *Almas errantes*.—36.\* Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión*.—37.\* Claudio Frollo: *Cómo murió Arriaga*.—38.\* Antonio Palomero: *Don Claudio*.—39.\* Pompeyo Gener: *Últimos momentos de Miguel Servet*.—40.\* Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas*.—41.\* J. López Pinillos: *Frente al mar*.—42.\* Blanca de los Ríos: *Las hijas de D. Juan*.—43.\* Julio Camba: *El destierro*.—44.\* Miguel Sawa: *La muñeca*.—45.\* Luis Bello: *El corazón de Jesús*.—46.\* J. Ferrándiz: *El «Dies iræ» de San Huberto*.—47.\* A. R. Bonnat: *Un hombre serio*.—48.\* Alberto Insúa: *Las señoritas*.—49.\* J. M.\* Salaverria: *El literato*.—50.\* Apeles Mestres: *La espada*.—51.\* Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor*.—52.\* Rafael Salillas: *Quiero ser santo*.
- Año II.—Primer semestre.**—53.\* NÚMERO-ALMANAQUE: *Del camino*, por Joaquín Dicenta. Precio: 50 céntimos. —54.\* Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador*.—55.\* Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.—56.\* Eduardo Marquina: *La muestra*.—57.\* Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.—58.\* Sinesio Delgado: *Espíritu puro*.—59.\* Pedro de Répide: *El solar de la bolera*.—60.\* Eduardo Zamacois: *El collar*.—61.\* J. Francés: *Mientras las horas duermen*.—62.\* Gabriel Miró: *Nómada*.—63.\* Ramón A. Urbano: *El barbero del ustia*.—64.\* Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.—65.\* José M.\* Matheu: *Un bonito negocio*.—66.\* Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.—67.\* Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.—68.\* Blanca de los Ríos: *Madrid goyoso*.—69.\* Felipe Sassone: *Viendo la vida*.—70 y 71.\* Benito Pérez Galdós: *Gerona*.—72.\* Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.—73.\* G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.—74.\* A. Hernández-Catá: *El pecado original*.—75.\* Arturo Reyes: *El Niño de los Caireles*.—76.\* F. García-Sánchez: *Historia romántica*.—77.\* Felipe Trigo: *El gran simpático*.—78.\* Ramón M. Tenreiro: *E ibrujamiento*.
- Segundo semestre.**—79.\* Cristóbal de Castro: *Las insaciables*.—80.\* Joaquín Dicenta: *La gañanía*.—81.\* Colombine: *Senderos de vida*.—82.\* Salvador Rueda: *El poema de los ojos*.—83.\* José Santos Chocano: *La cruz y el sol*.—84.\* Claudio Frollo: *Las cuatro mujeres*.—85.\* Eduardo Marquina: *Corneja siniestra*.—86.\* Mauricio López-Roberts: *En la cuarta plana*.—87.\* A. Zozaya: *La princesita de Pan y Miel*.—88.\* Pedro de Répide: *Noche perdida*.—89.\* Manuel Ugarte: *La sombra de la madre*.—90.\* Pedro Mata: *Cuesta abajo*.—91.\* F. Serrano de la Pedrosa: *El «Emperador»*.—92.\* Joaquín Dicenta: *Galerna*.—93.\* J. Benavente: *Nuevo coloquio de los perros*.—94.\* A. Martínez Olmedilla: *Por dónde viene la dicha*.—95.\* Condesa de Pardo Bazán: *Alende la verdad*.—96.\* J. Ortiz de Pinedo: *La dicha humilde*.—97.\* Eduardo Zamacois: *El paralítico*.—98.\* Felipe Trigo: *Las posadas del Amor*.—99.\* J. M.\* Salaverria: *Mundo subterráneo*.—100.\* A. González-Blanco: *Un amor de provincia*.—101.\* J. López Pinillos: *Los enemigos*.—102.\* Antonio Zozaya: *La bala fría*.—103.\* Condesa de Pardo Bazán: *Belcebú*.—104.\* Juan Pérez Zúñiga: *El cocodrilo azul*.
- Año III.—Primer semestre.**—105.\* Manuel Bueno: *El talón de Aquiles*.—106.\* Enrique López Alarcón: *La Cruz del Carriño*.—107.\* J. Téllez y López: *Mater admirabilis*.—108.\* R. Urbano: *La Santa Fe*.—109.\* F. Flores García: *El padrino*.—110.\* G. Martínez Sierra: *Egloga*.—111.\* Felipe Trigo: *Lo irreparable*.—112.\* J. J. Lorente: *Fueros de la carne*.—113.\* J. Benavente: *¡A ver qué hace un hombre!*.—114.\* Cijes Aparicio: *La venganza*.—115.\* F. Periquet: *Exhausto*.—116.\* López de Haro: *Vulgaridad*.—117.\* Cristóbal de Castro: *La bonita y la fea*.—118.\* Eugenio Sellés: *Ensueños de muñecas*.—119.\* Luis Calpena: *Un milagro del Arte*.—120.\* Pedro Mata: *La celada de Alonso Quijano*.—121.\* R. del Valle-Inclán: *Una tertulia de antaño*.—122.\* José M.\* Matheu: *Entre el oro y la sangre*.—123.\* Alberto Insúa: *Cómo cambia el amor*.—124.\* Pedro G. M. gro: *Hidalguía morisca*.—125.\* Ricardo León: *Amor de caridad*.—126.\* F. Serrano de la Pedrosa: *La broma*.—127.\* Emilio Carrère: *El dolor de llegar*.—128.\* Eduardo Marquina: *Beso de oro*.—129.\* Guillermo Hernández: *Pedazos de vida*.—130.\* José Francos Rodríguez: *La hora feliz*.
- Segundo semestre.**—131.\* Eugenio Noel: *Alma de santa*.—132.\* Luis de Tapia: *Así en la tierra*.—133.\* Juan A. Cavestany: *La Niña de los rubios*.—134.\* Luis Antón del Olmet: *Por qué soy un bohemio*.—135.\* E. Menéndez y Pelayo: *El mote*.—136.\* Bernardo Herrero Ochoa: *La esfinge de hielo*.—137.\* Luis Huidobro: *Carucho*.—138.\* Federico Urrecha: *El suicidio de Regulez*.—139.\* J. Pous y Pagés: *El hombre bueno*.—140.\* Alfonso García del Busto: *Sueño de hogar*.—141.\* Benigno Varela: *La Terrorista*.—142.\* Andrés González-Blanco: *El castigo*.—143.\* Francisco Villaespesa: *El último Auderra-mán*.—144.\* E. Gómez Carrillo: *Nuestra Señora de los Ojos Verdes*.—145.\* F. Falero Marquina: *Rara avis*.—146.\* Felipe Trigo: *A todo honor*.—147.\* Ramón Pérez de Ayala: *Sentimental Club*.—148.\* Carmen de Burgos (Colombine): *En la guerra*.—149.\* Rafael López de Haro: *Del Tajo en la ribera*.—150.\* Eduardo Marquina: *Rosas de sangre*.—151.\* Martínez Cuenca: *Semana de Pasión*.—152.\* Concepción Gimeno de Flaquer: *Una Eva moderna*.—153.\* Alberto Insúa: *El crimen de la calle de...*.—154.\* Carlos Fernández Shaw: *El poema de Caracol*.—155.\* Luis Cánovas: *El obstáculo*.—156.\* Sofía Casanova: *La princesa del amor hermoso*.—157.\* Miguel Ramos Carrión: *La reina de los Madgyares*.
- Año IV.—Primer semestre.**—158.\* Salvador Rueda: *El poema a la mujer*.—159.\* Pedro de Répide: *Un cuento de viejas*.—160.\* Dorio de Gádex: *Por el camino de las tonterías*.—161.\* Arturo Reyes: *De mi almira*.—162.\* Vicente Almela: *La senda triste*.—163.\* Joaquín Belda: *Un baile de trajes*.—164.\* Carlos Miranda: *Mi niña*.—165.\* Benigno Varela: *Relampagos de mi vida*.—166.\* Antonio M. Viérgol: *La tragedia política*.—167.\* Felipe Sassone: *En carne viva*.—168.\* Joaquín Dicenta: *El idilio de Pedrin*.—169.\* Waldo A. Insúa: *Vida truncada*.—170.\* Prudencio Canitrot: *El señorito rural*.—171.\* Angela Barco: *Fémina*.—172.\* A. Hernández Catá: *La distancia*.—173.\* E. Marquina: *Fin de raza*.—174.\* Antonio de Hoyos y Vinent: *La reconquista*.—175.\* Luis Huidobro: *La casa número 13*.—176.\* José María Tenreiro: *La agonía de Madrid*.—177.\* Emilio Carrère: *Elvira la espiritual*.—178.\* Gustavo Vivero: *Amelia*.—179.\* Concha Espina de Serna: *La ronda de los galanes*.—180.\* Mark-Twain: *El capitán Tormenta*.—181.\* Anatole France: *Komm «el Atribala»*.—182.\* Francisco Rodríguez Marín: *Azar*.
- Segundo semestre.**—183.\* León Tolstoy: *Valor*.—184.\* Felipe Trigo: *Además del frac*.—185.\* Colette Willy: *Mi alma era cautiva*.—186.\* Alberto Insúa: *La camarera del Bar Inglés*.—187.\* Alfonso Daudet: *Calvario*.—188.\* Charles Bau laire: *La Fanfarlo*.—189.\* Antonio de Hoyos y Vinent: *La estocada de la tarde*.—190.\* Robert L. Stevenson: *El diablo embolado*.—191.\* Manuel Linares Rivas: *Lo que no vale la pena*.—192.\* Emilio Carrère: *Aventuras de Amber, el luchador*.—193.\* Eça de Queiroz: *El difunto*.—194.\* José M.\* Salaverria: *Nicéforo, el tirano*.—195.\* Paul Hervieu: *Los ojos verdes y los ojos azules*.—196.\* Juan Tomás Salvany: *Quinientas pesetas*.—197.\* Benigno Varela: *La humilde curiosa*.—198.\* Joaquín Belda: *No hay burlas con el casero*.—199.\* A. González Blanco: *Idilio de a ea*.—200.\* Emiliano Ramírez Angel: *Invención, ilusión y compañía*.—201.\* José Francés: *La venganza del río*.—202.\* Augusto Martínez Olmedilla: *El precipicio*.—203.\* Federico Jaques: *La última jugada*.—204.\* Alejandro Larribiera: *Tía Paz*.—205.\* Julio de Hoyos: *Evangelina*.—206.\* Mauricio López Roberts: *Mar adentro*.—207.\* Luis Antón del Olmet: *La risa del fauno*.—208.\* Pedro de Répide: *Un conspirador de ayer*.—209.\* NÚMERO EXTRAORDINARIO. López Silva: *El patio tranquilo*.
- Año V.—Primer semestre.**—210.\* Francisco Villaespesa: *La venganza de Aischa*.—211.\* Eugenio Noel: *El rey se divierte*.—212.\* Isaac Muñoz: *Los ojos de Astarté*.—213.\* Manuel Aranaz Castellanos: *El cojo, campeón*.—214.\* Arturo Reyes: *Sangre gitana*.—215.\* Emiliano Ramírez Angel: *Historia sin desenlace*.—216.\* José M.\* Matheu: *Después de la caída*.—217.\* J. López Pinillos: *El ladronzuelo*.—218.\* F. García Sánchez: *Pastorela*.—219.\* Vicente Pastor: *Los amores de Vicente Pastor*.—220.\* Antonio de Hoyos y Vinent: *La pantera vieja*.—221.\* Waldo A. Insúa: *Cinematógrafo provincial*.—222.\* Eugenio Noel: *El crimen de un partido político*.—223.\* José Francés: *El hombre que veía la muerte*.—224.\* P. Conrado Muñiz Sáenz: *El problema de Job*.—225.\* Luis Antón del Olmet: *La canción del juglar*.—226.\* Luis Huidobro: *Prometeo*.—227.\* Emilio Cárceles: *El divino amor humano*.—228.\* Joaquín Belda: *La «season» de Bayas*.—229.\* Pedro Luis de Gálvez: *La Rosa Blanca*.—230.\* Eugenio Noel: *Don Oliverio XXIV de Bombón*.—231.\* Javier Valcarlos: *La cofradía de los mirones*.—232.\* Augusto Martínez Olmedilla: *Un milagro en Lourdes*.—233.\* Emiliano Ramírez Angel: *La primavera y la política*.—234.\* Manuel Linares Rivas: *Las alondras*.—235.\* Jesús R. Coloma: *Por una novela un alma*.—236.\* Carmen de Burgos (Colombine): *El honor de la familia*.—237.\* Pío Baroja: *Adiós a la Bohemia*.—238.\* Carmen de Burgos (Colombine): *El honor de la familia*.—239.\* Pío Picos: *El amante de corazón*.—240.\* Antonio Asenjo: *El amante de corazón*.—241.\* Luis Huidobro: *Un droguero a «Siete Picos»*.



## PEDID SIEMPRE ESTA MARCA



Se emplea con éxito  
seguro en el reuma-  
tismo articular agudo  
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo  
dentífrico y el más  
económico

Sustituye en bondad  
y es más económico  
que todas las aguas  
minerales usadas  
para las enfermeda-  
des del estómago

Cajas de pastillas  
comprimadas de bi-  
carbonato de sosa á  
0,50 la caja

**Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas**  
**CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA**

## IMPORTANTE

A todos los que se suscriban á EL CUENTO SEMANAL por el segundo semestre del pre-  
sente año, previo pago anticipado de 6,50 pesetas, se les regalará una elegantísima tapa  
para la encuadernación del mismo, la cual se les servirá con el último número del mes  
de Diciembre próximo.

**Dirigirse á la Administración de EL CUENTO SEMANAL, Fuencarral, 90, bajo**

### PARA CASAS DE CAMPO

No hay luz que se asemeje en intensidad, blancu-  
ra y fijeza, á la de incandescencia, por gasolina,  
de la casa Laorden y Compañía, Atocha, 43,  
Madrid.

Es inexplosiva. No produce humo ni olor.

### Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUN-  
TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: CAPELLANES, 12 :: Precio fijo

### Cayetano Fernández

Recibe en México Cuento Semanal y admite  
suscripciones para éste y demás periódicos es-  
pañoles, dentro y fuera de la capital.

3.ª Bolívar, 33

Apartado 1.658

Ha sido nombrado Representante exclusivo para la publicidad  
en EL CUENTO SEMANAL D. Juan Pérez D. Aragón.





# O J E N

## LO MEJOR DE LO MEJOR



El crédito mundial de que goza  
este anís, único legítimo y que  
se viene fabricando desde 1830,  
lo debe á su exquisitez, finura,  
irreprochable pureza y condicio-  
nes higienicas



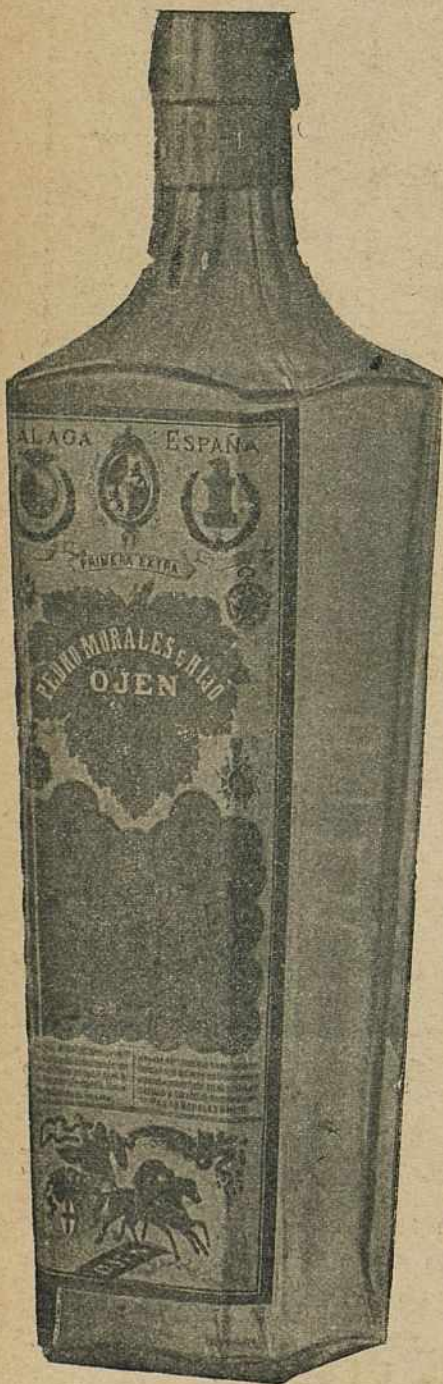
### ¡63 recompensas industriales!

#### GRAN PREMIO DE HONOR

Exposición Buenos Aires 1910

## Hijo de Pedro Morales

Cosechero exportador de Vinos finos  
y fabricante de la Ginebra "LA FAMA", Cognac,  
Ron y Anisados secos



## M A L A G A

